





La acción del

Hombre



Small white panels with illegible text on the left side of the structure.

Decorative perforated panels on the left side of the structure.

Decorative perforated panels on the right side of the structure.

Small white panels with illegible text on the right side of the structure.



La historia

Ricardo Sosa Castaño
Catedrático de Geografía e Historia

Prehistoria

Intentar reconstruir los primeros tiempos de ocupación humana (o prehumana) en cualquier lugar es como intentar reconstruir un árbol habiendo encontrado apenas una decena de trozos de diferente tamaño y grosor. Por eso lo que llamamos prehistoria es el período de nuestro pasado en el que más novedades pueden producirse. La investigación es muy insuficiente y probablemente la pérdida de restos, irreparable. Esto, que es general, puede aplicarse con toda propiedad a los territorios de la Sierra de San Pedro.

Conviene tener en cuenta, para aproximarnos a este inmenso período de tiempo al que llamamos Paleolítico, que hablamos de centenares de miles de años y que, juntos el Neolítico y toda la historia hasta la actualidad, abarcan sobre unos diez mil años. El clima de la Sierra de San Pedro puede haber oscilado desde situaciones similares a las actuales del norte de Europa hasta otras aún más cálidas que la presente. En cualquier caso las poblaciones primitivas, con seguridad mucho más importantes en Extremadura y en nuestra zona de lo que la investigación actual muestra, tienen una especial predilección por las riberas de los ríos pequeños, con terrenos alu-

viales que permitan tanto el asentamiento temporal como el paso. Esos terrenos se encuentran en las pequeñas redes fluviales del Gévora, del Zapatón, del Guadarranque, del Albarragena... así como en los pequeños afluentes de la margen izquierda del Tajo que van desde el Salor hasta el Sever. En muchas de sus riberas se encuentran restos de piedras trabajadas toscamente (cantos a los que se les ha sacado punta). Podemos destacar, por ejemplo, los restos de este tipo encontrados en Valencia de Alcántara y Codosera. Como este tipo de útiles perdura durante muchísimo tiempo, su simple presencia no significa necesariamente una extraordinaria antigüedad, a pesar de su primitivismo.

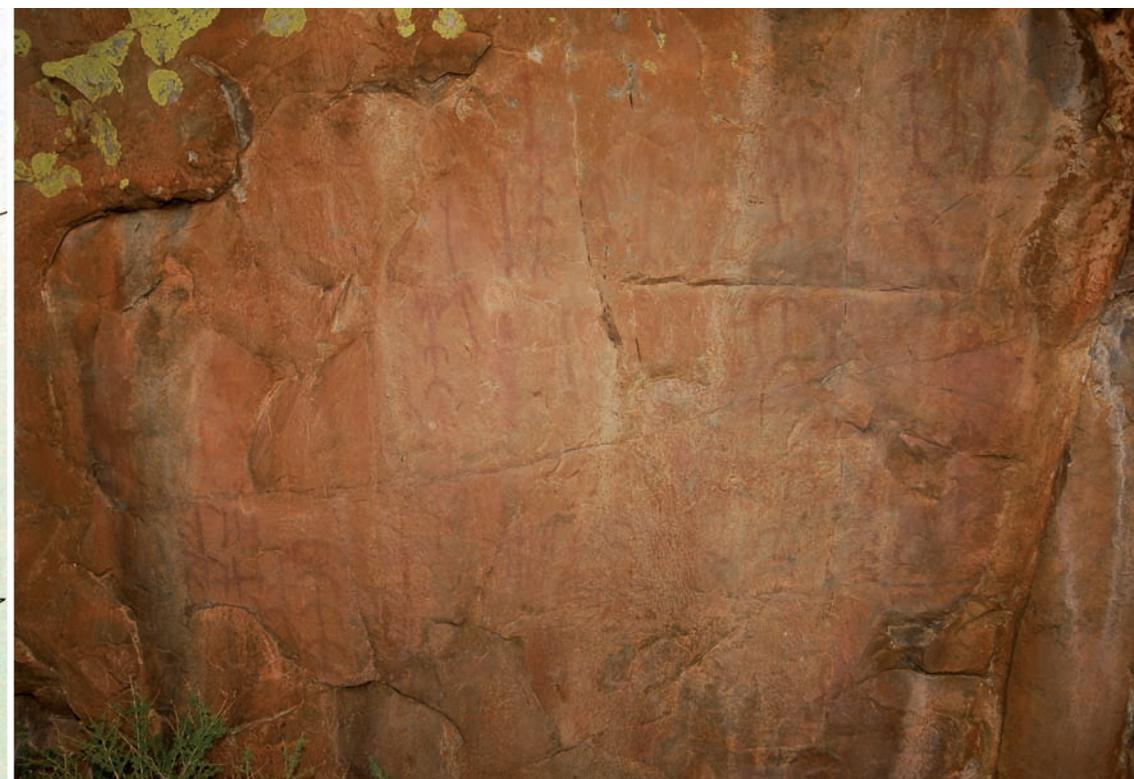
La presencia de estos restos no sólo tiene que ver con la posibilidad de alimentación (recolección, pequeños animales acuáticos, pesca, caza...) sino con la existencia de caminos sur/norte, veredas de animales que se mueven en función del clima y la vegetación, que constituyen una red con múltiples vías para ir de un punto a otro y cuya concentración se produce en los cruces de los ríos (vados) y en los puertos de montaña. Hay en nuestra comarca multitud de estos caminos "naturales" y sin ellos no pueden explicarse ni las huellas humanas ni nuestra historia. Las rutas occidentales peninsulares (uno de cuyos restos posibles es la romana "Vía de la Plata") son durante muchísimo tiempo las más utilizadas para comunicar el sur peninsular con el norte. La Sierra de San Pedro está en una de esas rutas occidentales, en el paso del Guadiana al Tajo utilizando el corredor del Zapatón hasta Aliseda. Bandas paleolíticas de pocas personas circularon por estas rutas, se asentaron provisionalmente en las terrazas de los pequeños ríos, fueron y vinieron, de acuerdo con las oscilaciones climáticas... y dejaron aquí algunos de sus restos, sin que, de momento, sea posible saber mucho más de ellos.

Cuando pasamos al **Neolítico y a los primeros metales** nos acercamos ya mucho a la actualidad. Un aspecto a destacar de este periodo sería, sin duda, la mayor y más continua ocupación del territorio, reflejado, por ejemplo, en la abundancia de hachas pulimentadas, típicas de esta época. Otro aspecto a destacar es la temprana formación en este período (más concretamente, en el Neolítico medio) de un paisaje tan fundamental para la vida y la economía de la zona como la dehesa.

Es posible que haya un primer período más pacífico e igualitario hasta finales del tercer milenio a.n.e., seguido de un período en el que aumentan los restos que denotan mayor belicosidad. La mayor parte del conjunto dolménico de la zona, centrado en Valencia de Alcántara, pero que abarca casi toda la comarca, correspondería a este segundo período. Este conjunto es la más abundante concentración de dólmenes de la Península y tiene escasos parangones en la arquitectura megalítica mundial. Probablemente, ninguno en lo que a dólmenes se refiere. Podemos afirmar, con bastante seguridad, que bastantes de ellos han sido destruidos, que lo conservado no es sino una pequeña parte de lo que existió y que, por otra parte, está escasamente investigado. En El Jardinero (Valencia de Alcántara) tenemos, además, uno de los escasos poblados fortificados de la época.

A esta arquitectura dolménica habría que añadir otros restos, cuyos orígenes son contemporáneos de las grandes piedras, pero cuya pervivencia en el tiempo es más amplia: los ídolos placa y la pintura esquemática. Mención especial merece el conjunto de pinturas de Alburquerque-Azagala. El conjunto de Azagala resulta particularmente

Pág. anterior:
Pozo público, acceso a Alburquerque.



Pinturas rupestres del Risco de San Blas
(Alburquerque).

atractivo con su grupo de danzantes en torno a un animal de gran tamaño. En el período que va aproximadamente del 4000 al 1000 a.n.e. nos encontramos con una fase histórica muy importante y decisiva en la formación de la cultura de la Sierra de San Pedro.

A partir, aproximadamente, del cambio de milenio, entramos en el Bronce final, que enlaza sin ruptura con la llegada de gentes orientales (griegos y fenicios, sobre todo) desde Andalucía occidental y con las edades del hierro. Se forma en este período, otro de los

más fértiles de nuestra historia extremeña, una especie de unidad del SW peninsular. En él se intensifica la minería. Es posible, según algunos autores, que en la zona hubiera una minería del oro, además de galena y casiterita -plomo, plata y, sobre todo, estaño-. El territorio de la Sierra de San Pedro se inserta dentro del complejo tartésico, que, probablemente no es sino la expresión cultural y, en parte, política de esa relativa unidad del suroeste. Las estelas de guerrero (también en Valencia de Alcántara, sobre todo, y en Alburquerque y Santiago de Alcántara, ya junto al Tajo), son una de las expresiones más características de

esta fase histórica. Si relacionamos el tesoro de Sagrajas con Irlanda y el Tesoro de Aliseda (por alguno de sus elementos de importación, no todos...) con Siria, Fenicia o, incluso, Egipto (uno al norte y otro al sur de la comarca), podemos hacernos una idea del cruce de caminos en que la Sierra de San Pedro estaba incluida.

Después del fin de Tartessos asistimos a un periodo confuso en el que se forman lo que la historiografía -condicionada por las propias fuentes romanas- llama pueblos prerromanos. Toda la zona entra en el mundo lusitano, constituyendo el núcleo de lo que llamaríamos la Lusitania oriental. Podría pensarse que en pugna con los vecinos/hermanos vettones van estableciendo una cuña entre éstos y la población túrdulo-turdetana del Guadiana y la Baja Extremadura. De esta época prerromana, segunda Edad del Hierro, son también algunos castros relativamente espectaculares, situados en sitios fácilmente defendibles, cercanos a ríos, caminos o minas, de los que en la comarca pueden mencionarse Estena y, sobre todo, Sansueña, junto a Aliseda.

Edad Antigua

La romanización fue un auténtico rodillo, del que sorprendentemente, a veces, nos sentimos orgullosos. Después que pasó sobre la cultura lusitana o turdetana apenas quedó el recuerdo borroso de lo que fue. La conquista romana tiene en la zona algunos de sus episodios militares más destacados. La resistencia lusitana, encarnada en Viriato, debió enraizarse, entre otras, en la comarca, sin que tengamos referencias precisas, salvo las rutas naturales entre los lugares de refugio y, los sitios donde desarrolla sus

campañas y, tal vez, la más que probable identificación de la Valentia, donde se asientan las tropas tras el asesinato pagado de su jefe, con Valencia de Alcántara. Las guerras sertorianas también se asientan en toda la Lusitania. Es curioso el uso que Sertorio hace de una cabra blanca para ganarse a la población y la presencia de cabritas entre los restos de, por ejemplo, Aliseda, relacionadas con el culto a la diosa Ataecina.

Casi toda la parte sur de la Sierra de San Pedro queda probablemente dentro del amplísimo término de la Emérita Augusta. Aparte de Valencia, es difícil identificar con claridad en la zona los lugares de población conocidos por las fuentes romanas. Ammaia, identificada en tiempos con Alburquerque parece que debería situarse más bien en Marvao. La localización de Ad Septem Aras es aún más problemática, aunque siempre queda la posibilidad de que estuviera en las proximidades del Gévora. Toda la comarca estaría recorrida por dos caminos hacia Lisboa, uno por el norte (Mérida, Alburquerque, Valentia, Marvão...), otro más al sur, más pegado al Guadiana, que iría desde Budua (Bótoa) hacia Portugal siguiendo tal vez el Gévora, hasta Arronches (?). En esta zona occidental de la Sierra de San Pedro son muy abundantes los restos romanos, muchos de ellos identificables con villae, como luego veremos, pero tal vez alguno(s) con entidades de población que podrían coincidir con las estaciones de las diversas vías.

Castillo de Piedrabuena.







Toda la comarca se convierte en una parte secundaria del comercio romano y lo más probable es que sus producciones agrarias no difieran mucho de las actuales. Tal vez podría hablarse, desde el Neolítico medio hasta tiempos muy recientes, de una mayor combinación de agricultura y ganadería en el entorno

de la dehesa, aprovechando, además, para el cultivo los pequeños manchones cuaternarios.

Con la crisis de las ciudades, en torno al siglo III d.n.e., se produce una proliferación de *villae*, residencias de propietarios/latifundistas para quienes tra-

Puente sobre el arroyo Albarragena.

bajan grupos de personas en un régimen semiesclavo-semiservil. El comercio a larga distancia pasa a ser menos importante, aunque se mantiene como atestiguan los restos encontrados en las *villae*. Éstas son relativamente abundantes en la zona tanto en Valencia de Alcántara como en Alburquerque, Villar del Rey o La Codosera. Es bastante probable que queden todavía algunas por identificar e investigar.

El período visigodo no representa en modo alguno una ruptura con la fase final del dominio romano. Continúa el poblamiento relativamente disperso en *villae* que, en algunos casos se convierten en pequeñas aldeas...

Algunos autores apuntan, por ejemplo, que la iglesia de Los Santiagos (al este de Alburquerque) podría haber sido la "casa del señor" de una *villa*, reutilizada, en todo o en parte, como iglesia de la aldea situada a alguna distancia, en los antiguos lugares de habitación y de trabajo de las familias de colonos de la *villa*, la Ciudad Dormida. Esta aldea podría perdurar, con altibajos, en el tiempo y no desaparecer hasta la Edad Moderna. De momento la iglesia puede ser visigoda, mozárabe o, incluso, posterior.

Es posible pensar que el asentamiento de poblaciones germánicas, hasta ahora situados por la historiografía al norte del Tajo, pueda extenderse, al menos, a toda la franja montañosa central de Extremadura y, por tanto, a la Sierra de San Pedro.

Edad Media

La llegada de los musulmanes no cambió las cosas en un primer momento. Sin embargo la conso-

lidación de su dominio, la civilización urbana, artesanal, comercial y monetaria que representaban insertó de nuevo a nuestra tierra en una unidad mayor. Es sin embargo difícil conocer hasta qué punto debió influir eso en la comarca.

Cabe pensar en un cierto mantenimiento o, incluso, recuperación de la estructura urbana romana y de sus comunicaciones. Por ejemplo, el puente de Alcántara, muy apreciado por los musulmanes, la fortaleza de Valencia, otras posibles fortalezas musulmanas perdidas... Pensemos, sin embargo, que hubo muchos siglos de cultura hispanomusulmana en los que no hubo más conflictos que los internos, y que la amenaza de los atrasados cristianos del norte en nuestra comarca no es sino, como pronto, del siglo XI.

Podemos entender esta época como una explosión de multiculturalidad, no sólo por la llegada de una abigarrada mezcla de nuevos pobladores (árabes, sirios, judíos, norteafricanos...), que vienen a unirse a los germanos e hispano-romanos que ya estaban en ella, sino a la propia naturaleza de la cultura árabe, en general tolerante y cosmopolita. Esto favoreció la existencia y desarrollo de una forma de mestizaje a la que damos el nombre de mozárabe. Se incrementó la artesanía, se mejoraron los sistemas de extracción de agua y de riego, y se aumentó el regadío, tal vez preexistente.

Hay varios siglos (del VIII al XI) en los que la aculturación árabe se superpone a la romana, sin que eso significara el rodillo que ésta había supuesto para con lo anterior. Las únicas referencias de acontecimientos bélicos se refieren a las luchas civiles, sublevaciones, taifas, en la que los criterios de coalición nunca o casi nunca son religiosos, sino más bien étnicos pero cambiantes.

Aunque hay precedentes de intervención, los acontecimientos fundamentales para la historia de la Sierra de San Pedro se producen en los años inmediatamente posteriores a la batalla de las Navas (1212). En 1213 la toma definitiva de Alcántara, su donación a la Orden de Calatrava (1217), la toma de Alburquerque por Alonso Téllez, la cesión de Alcántara a la Orden de San Julián del Pereiro y el cambio de nombre de ésta, la ocupación por ellos de Valencia de Alcántara. El rápido avance por estas tierras parece indicar tal vez una menor población tras el abandono de la misma. Todo está encadenado.

El señorío de Alburquerque y la Orden de Alcántara van a protagonizar toda la Edad Media cristiana en la comarca. Lo sorprendente del primero es su fecha temprana, cuando aún no es la época, que de alguna manera empieza varias décadas después (tímidamente, con Sancho IV, que también concede a Téllez el castillo de Azagala en 1286) o casi un siglo, si nos referimos al siguiente señorío importante en Extremadura, el de Monroy. El señorío de Alburquerque se constituye en una especie de tapón para la expansión de la Orden de Alcántara. El señor de Alburquerque es poderoso y expansivo y choca, no sólo con Alcántara, sino con Cáceres y Badajoz, territorios de realengo. La Orden de Alcántara encuentra un segundo frente de expansión en las tierras de la Serena (1235) y divide así sus propiedades, a diferencia de la Orden de Santiago, en dos núcleos: uno al oeste de Extremadura, entre la Sierra de Gata y Alburquerque, y otro al Nordeste de Badajoz (con Magacela como primer centro).

La Sierra de San Pedro queda dividida entonces, y con pocos cambios a lo largo de la Edad Media, en cuatro jurisdicciones: la Orden de Alcántara, al

Norte; el señorío de Alburquerque, al Oeste, el concejo de Badajoz, al Sureste, y el de Cáceres, al Noreste.

Hay una prevención temprana contra el señorío laico que los siglos XIV y XV justificarán sobradamente. Llega un momento en que las propias órdenes militares se convierten en instrumentos de las luchas entre la nobleza. De esos siglos procede el dicho de “desunidos como extremeños”, referido a una nobleza dedicada a saquear, a robar, a invadir y a destruir. Es esta nobleza la que lleva la iniciativa de la usurpación de las otras tierras, generalmente de concejos, pero también de obispados, clero e, incluso, órdenes militares y de los “derechos” recaudatorios de las otras jurisdicciones.

Las Órdenes Militares son algo así como frailes soldados, más lo segundo que lo primero, pero unidos por reglas y estructuras que, aunque en bastantes ocasiones fallen, garantizan en general una intervención unitaria y, por ello, una impresionante fuerza. La Orden de Alcántara se asocia a la de Calatrava, que le cedió Alcántara, y, por ella, al esquema monástico cisterciense modificado para una orden militar. Resulta difícil, cuando no imposible, saber qué tipo de dominio era más benigno para el pueblo. Es erróneo guiarse sólo por los fueros, u otros escritos, puesto que no parece que en muchas ocasiones fueran más que papel mojado. La situación podía variar de unos señores a otros, de unos maestros a otros, de unos reyes a otros. En cualquier caso,

Castillo de Alburquerque.





los siglos XIV y XV ven una exacerbación del afán de riqueza y del gasto por parte de la nobleza, lo que se traduce, en términos generales, en un empeoramiento de la condición popular, especialmente molesta para su grupo más poderoso, los villanos ricos de cada población.

La proximidad de la zona a Portugal da una particular relevancia a los continuos conflictos bélicos entre nobles, entre nobles y reyes, entre reyes y aspirantes, y todo ello porque alguien busca siempre apoyo en el rey o los nobles portugueses. Eso y toda la crisis de epidemias del siglo XIV acabó con muchas de las aldeas hasta entonces habitadas, lo que fue promovido y aprovechado por los señores para ampliar sus posesiones.

Es en este contexto donde intervienen como protagonistas tanto los Grandes Maestres de Alcántara, que en algunos casos terminaron recibiendo señoríos para ellos mismos, como los sucesivos señores de Alburquerque, plaza fuerte fundamental que el rey concedía a sus favoritos. Sería interesante analizar las tres figuras de señores de Alburquerque-validos de reyes: Juan Alfonso de Alburquerque, Álvaro de Luna y Beltrán de la Cueva, o la de Leonor de Alburquerque, la Ricahembra; pero nos llevaría demasiado lejos del objetivo de esta introducción y nos alejaría demasiado de la historia de las gentes que poblaron la comarca, salvo para poner de manifiesto sus sufrimientos.

Es en este final de la Edad Media y durante toda la Edad Moderna cuando llega la especialización ganadera de la comarca, y de Extremadura en general. Las Órdenes Militares y la nobleza van poniendo en pie un sistema de explotación de pastos

por ovejas merinas, en régimen trashumante, que convive mal con la agricultura/ganadería propia de la zona. Esto es el origen de un conflicto que afecta negativamente a la economía de la zona y a la conservación del arbolado y que se agudizará en el XVIII, cuando ya el propio comercio de la lana haya perdido mucho sentido.

Tanto en Alcántara, como en Valencia de Alcántara, como en Alburquerque hay juderías importantes y su situación es relativamente tranquila hasta la crisis del siglo XIV, especialmente con la sustitución de Pedro I por Enrique II. De aquí en adelante la situación no hace sino empeorar. Al final del período la situación de la población en la comarca está lista para la emigración a América... y para el incremento de las vocaciones religiosas.

Edad moderna

El territorio de la Orden de Alcántara ha cambiado desde que los Reyes Católicos se quedan con su administración perpetua. Eso hace que, incluso en la Comunidad de Alcántara, la gran mayoría de los pueblos sean ahora de realengo. Pero eso no significa que las Ordenes no sigan representando un gran poder económico y jurisdiccional. Poco a poco algunos territorios de la Orden de Alcántara se van privatizando pasando a manos, en general, de la nobleza.

El Ducado de Alburquerque tiene una renta alta dentro de la nobleza de Extremadura, por encima de territorios más extensos. Es una muestra del poderío económico y demográfico de esta población y de la habilidad de los hombres del Duque para exprimirla.

Al compás de la conquista y ocupación americana se va produciendo un retroceso en la demografía y en la economía de la zona, y de toda Extremadura, en general, pero es desde comienzos del XVII cuando entramos en un periodo de grave decadencia. El primer eslabón, aunque probablemente pequeño para la comarca, es la expulsión de los moriscos, que tenían una cierta presencia en Valencia y San Vicente. No olvidemos que esto viene a sumarse a la expulsión de los judíos y al incremento de la presión inquisitorial.

La causa, sin embargo, más específica de la decadencia de la comarca es la sucesión de guerras con Portugal que cubre, aunque con interrupciones, un largo período entre la segunda mitad del XVII y los comienzos del XVIII. En la zona se perdió la mayor parte de la cabaña ganadera. Hay que tener en cuenta que no sólo había confrontación entre ejércitos, sino un continuo de correrías, robos y pillajes, talas, quemas, demoliciones, alojamientos, abastecimientos, manutención de soldados... La pérdida de población es también considerable, especialmente en los lugares más próximos a la frontera... Se considera particularmente grave la destrucción en San Vicente, pero también hay retroceso de población en Aliseda, en Villar del Rey. A pesar de ello, Alburquerque se sitúa, ya con la recuperación del siglo XVIII en el 6º lugar entre las villas de Extremadura con una población, sorprendentemente, muy parecida a la actual.

La agricultura de la zona es muy poco productiva. La extensión del barbecho es considerable y las técnicas y el utillaje agrícolas apenas han experimentado cambios desde la época romana. La expulsión de los moriscos también afectaría negativamente a la agricultura. La historia de la edad moderna (y continuará en la contemporánea) de la comarca se vincula

a cosechas insuficientes y a carestía de pan y, por tanto, hambre, al ser éste el principal alimento. En Valencia de Alcántara son importantes las viñas y también el olivo, aunque parece destinado al autoconsumo y situado en las proximidades de la población. Lo mismo podría decirse, seguramente, del resto de las poblaciones.

La cabaña ganadera es, en estos momentos, enorme y se concentra en muy pocas manos, incluidas las de la corona. La crisis general del XVII, las exigencias de la corona (y de sus guerras) y la ambición de los "poderosos" de cada población llevó a los concejos a arrendar o privatizar montes y baldíos. Posiblemente aquí se inicie el famoso conflicto de los Baldíos de Alburquerque.

En el siglo XVIII la artesanía tenía más presencia en la Sierra de San Pedro que en la actualidad. Así hay menciones a la artesanía de la lana, en Alburquerque, de curtidos, en San Vicente, de lino y de loza, en Valencia de Alcántara.

Otra actividad económica muy importante en la Edad Moderna, sobre todo cuando el Estado comienza a regular seriamente el comercio internacional, es el contrabando, una actividad común y aceptable para la población de la raya.

En la Edad Moderna la nobleza más potente vive en ciudades importantes, y la grande, en el entorno de la corte. Eso permite la formación definitiva de unas nuevas oligarquías locales, los "poderosos", que pueden incluir a algunos nobles de segunda fila, pero que en general se compone de personas ricas que explotan en su provecho las tierras amortizadas (de órdenes, religiosas, concejiles...). Son estas "burguesías agrarias" las que van a



protagonizar las resistencias y luchas frente a los poderes extralocales (especialmente contra la Mesta) y, con frecuencia, se van a atribuir la defensa de los derechos de todo el concejo, que ellos administran en su beneficio. Fijémonos, por ejemplo, en el caso de Villar del Rey, una pequeña población de realengo, como su nombre indica, en la que de 74 labradores, 62 tienen sólo una yunta de bueyes, mientras que 8 tienen tres yuntas y 4, cuatro. Esta distribución puede ser indicativa de una población pequeña, sin grandes diferencias. Otro caso sería el de Aliseda en el que sabemos que la población de jornaleros, dobla a la de labradores. En el caso de las poblaciones más grandes, las desigualdades son mayores.

Aunque la mayoría de la población está constituida por jornaleros y labradores, la sociedad moderna en la Sierra de San Pedro tiene también artesanos, en un número no desdeñable. La actividad económica está entonces más descentralizada y la comarca es la unidad natural. Echémosle un vistazo, por ejemplo, a la estadística de los artesanos en Alburquerque: 4 mercaderes, 6 herradores, 14 sastres, 21 zapateros, 8 carpinteros, 14 albañiles, 10 taberneros, 6 horneros de pan, 6 horneros de cal y ladrillo, 4 cereros, 6 tratantes de tenerías, 1 sombrerero.

Finalmente, el judaísmo en Alburquerque, en la segunda mitad del XVI, fue descuartizado por la acción conjunta de la Inquisición de Évora y Llerena.

Hito de la Encomienda de Piedrabuena.

Edad Contemporánea

Cuando, a raíz de la Guerra de Independencia los ejércitos franceses avanzaron sobre Badajoz, la Junta de Extremadura, la primera, estuvo un tiempo desde septiembre de 1810, por la zona, en Valencia de Alcántara, hasta 1812, en que Badajoz fue recuperada y saqueada por los ingleses. Hay también noticias de una guerrilla antifrancesa en la zona, dirigida por Juan Hernández.

En este primer tercio de siglo hay referencias a la Sierra de San Pedro como un lugar pobre, despoblado y donde apenas subsisten algunos rebaños de cabras. Las crisis agrarias siguen produciéndose periódicamente, desembocando en algaradas a veces reprimidas con dureza, sin que haya cambios estructurales.

Esto va a cambiar, a peor, con la desamortización, que supuso un enorme trasiego de propiedades y el fin de la propiedad comunal en Extremadura. Son notables, por su enorme tamaño, la venta de importantes dehesas en 1848 en el término de Valencia, también Mayorga y Piedra Buena. Sobre esta última es destacable el hecho de que, a pesar de haber dividido su enorme extensión, casi 13.000 has en 31 partes, todas fueron a manos de un testaferro del recién creado duque de Valencia, el conservador Narváez.

La desamortización, especialmente la de Madoz, desencadenó la oposición de buena parte de los diputados extremeños, que protestaron contra lo que el proceso podría significar para la población sin recursos. Es importante darse cuenta de que no sólo consolidó la desigual distribución de la tierra en nuestra comarca, sino que la acentuó, repartiendo los bienes colectivos y los bienes religiosos (incluidas

órdenes) entre unos nuevos latifundistas absentistas y los "poderosos" locales. No sería descabellado ver una línea de continuidad entre la desamortización y la guerra civil, o entre aquélla y el incremento del número de jornaleros, pobres. No es sólo que el común de cada población viera cómo pasaban a manos privadas lo que siempre había sido público y había contribuido a su sustento, sino que vieron cómo se privatizaba lo que, legalmente, no se podía privatizar, cómo se cambiaron los límites, cómo se usurparon terrenos no comprados, cómo se inventaron algo como "excedentes de la dehesa boyal" para poder vender parte de ella, legalmente no vendible. Durante dos o tres generaciones la gente conservó la memoria de la usurpación y siguió pensando que aquello era de todos.

En las épocas de menor represión vuelve una y otra vez la protesta contra la privatización, especialmente en el caso de Alburquerque por las circunstancias particulares que se dan en él. (Los por menores del conflicto son demasiado largos para tratarlos aquí, desde su inicio con la cesión en 1430, por parte del Infante de Aragón, Don Enrique, de una serie de bienes -Cinco Villas- hasta la resolución en 1991, pasando por movilizaciones, pleitos, enemistades...). Acontecimientos especialmente relevantes se producen en la primera República, con expropiaciones populares, en 1898 y en los comienzos de siglo (1904), cuando cientos de mujeres con sus hijos y unos pocos hombres llevan sus cerdos a los Baldíos, rompen las cercas y entran en los campos sembrados.

No es Alburquerque, ni mucho menos el único caso de movilizaciones contra las consecuencias de la desamortización. A éstas se unen las protestas contra

los consumos (impuestos indirectos) y, muchas veces juntos, los motines de hambre, en relación con la escasez y encarecimiento del pan.

La situación de los jornaleros en este comienzo del siglo XX era muy dura. En 1915, en una dehesa de la zona, los jornaleros recibían el 40% del jornal (que era de 2,50 pesetas) en manutención: migas para el desayuno a las 4 de la mañana, gazpacho a las 12 con pan y queso o tocino y, entre las 8 y las 9 sopa de patatas con pan, queso y aceitunas.

El siglo XIX vió, a pesar de todo, un cierto incremento de población, especialmente en el segundo tercio, lo que podría entenderse como un movimiento de recuperación tras los desastres de la Guerra de Independencia. Así, entre 1829 y 1877, el partido de Alburquerque pasó de 15.956 a 19.153 habitantes, y el de Valencia de Alcántara de 12.138 a 15.509. Se mantienen las tenerías o curtidorías, por ejemplo, en San Vicente, y en esta misma población se abre en 1858 la primera fábrica de corcho. También la segunda mitad del siglo conoce las ilusiones del ferrocarril, cuyo máximo exponente debió ser la presencia de Alfonso XII en Valencia de Alcántara para inaugurar el ferrocarril en 1881. Hay, en general, en el cambio de siglo, un cierto proceso de modernización en toda Extremadura y también en la zona. Así, por ejemplo, se inaugura el alumbrado eléctrico en Alburquerque en 1891.

La subida de precios que trajo consigo la Primera Guerra Mundial produjo mucha agitación social. En Alburquerque, por ejemplo, en 1916, 400 obreros agrícolas invaden la dehesa boyal, "La Acotada", para cosechar la bellota que consideran bien comunal. A pesar de la presencia de la guardia civil y

la policía local, siguen hasta la llegada de 60 guardias de Badajoz y de los pueblos vecinos. Se abre un procedimiento por hurto de bellotas, los obreros se concentran ante el juzgado y el enfrentamiento con la guardia civil deja un muerto y varios heridos.

La emigración a América y a otras zonas se reabre y así el partido de Alburquerque pierde, por ejemplo, entre 1911 y 1920, 3.222 personas. El de Valencia tendrá su máxima pérdida en el decenio siguiente, entre 1921 y 1930 con 1.523 emigrantes.

Tengamos en cuenta que en poblaciones de la zona los terratenientes absentistas han llegado a tener, después de la desamortización, más de los 2/3 de las tierras.

En las principales poblaciones de la zona sigue una cierta presencia artesanal-industrial en la que el corcho va tomando fuerza, se inician algunas pequeñas "industrias" (gaseosas, chocolate...) y se mantienen las artesanías antiguas (curtidos, cordelería...).

La llegada de la República exacerba la situación social. Son frecuentes en la zona las protestas contra la contratación de trabajadores portugueses para reventar las huelgas que exigen mejoras laborales y salariales. A veces, como en el caso de San Vicente, alguna sociedad obrera, "La Hormiga", consigue firmar un convenio agrícola con los patronos y el ayuntamiento, pero esto es excepcional. Las medidas para mitigar el paro obrero, para forzar el laboreo y la contratación y su aplicación por las nuevas autoridades municipales refuerzan la actitud violenta y el rencor de los propietarios.

Todo esto convive con un destacable movimiento educativo y cultural, muy notable en los pue-

blos de la Sierra de San Pedro, y una proliferación de las organizaciones obreras. San Vicente podría ser un buen ejemplo, no el único, de todo ello. No es de extrañar que, a pesar del triunfo de la derecha en noviembre del 33, en Alburquerque, San Vicente o Puebla de Obando, triunfe la izquierda.

1934 comienza con las destituciones de los concejales de la izquierda elegidos democráticamente y sustituidos por personas afines a los partidos de derechas. El estado de guerra, consecuencia de la revolución de octubre, se aprovecha para detener y reprimir a las organizaciones obreras y a los grupos de izquierda.

El 16 de febrero el Frente Popular gana en casi todos los pueblos de la zona, en algunos abrumadoramente (en Alburquerque, por ejemplo, con más del 60% de los votantes). Se intensifican las ocupaciones de tierras que culminan en la histórica jornada del 25 de marzo con una movilización sin precedentes que afecta a más de 60.000 campesinos extremeños. Entre marzo y abril se ocuparon, por ejemplo, 7 fincas en Puebla de Obando, 6 en Villar del Rey y 24 en San Vicente. Todavía en junio el ayuntamiento de Alburquerque acepta la propuesta de la Federación Española de Trabajadores de la Tierra (UGT) de Badajoz para convocar una asamblea de alcaldes en defensa del rescate de los bienes comunales.

Todo esto se ve interrumpido por la sublevación. El primer acontecimiento relevante, 27 de julio, una columna sublevada de unos 600 hombres llega a San Vicente y la toma a pesar de alguna resistencia, deteniendo a algunas personas mientras que la mayoría huye al campo. Durante el final de agosto el ejército de África va tomando toda la zona. Y empieza la



represión. Sólo un ejemplo menor de la represión es el rapado de mujeres y niños, dejándoles solo un mechón para atar un lazo rojo y pasearlos por las calles tras aplicarles purgantes de aceite de ricino. Hubo este tipo de desfiles en todos los pueblos, Valencia de Alcántara, San Vicente y Alburquerque. Muchos de los bienes de las personas perseguidas por republicanas pasaron al Estado, a las organizaciones fascistas o a ser directamente patrimonio de personas señaladas del nuevo régimen.

Un número importante de huidos se concentra en dos zonas, Mayorga y Azagala durante las primeras semanas tras la ocupación. A finales de agosto habían tomado el castillo de Azagala y alzado en él una bandera roja que se mantendría más de seis meses.

El franquismo abre un período oscuro de enorme retroceso cultural y educativo, de vuelta al oscurantismo, al silencio y al conformismo, al menos aparente, a la miseria y al hambre. Sólo en los sesenta, en la zona muy al final, hay algunos indicios de desarrollismo que aquí no se traducen más que en emigración, que hace retroceder a la Sierra de San Pedro demográficamente en dos o tres siglos, en crisis de la agricultura y en fracaso de los intentos de industrialización.

El fin del franquismo abre un período de nuevas esperanzas, en parte frustradas, en parte cumplidas; la globalización llega con sus efectos deslocalizadores a los últimos rincones y la crisis actual nos sitúa de nuevo ante la incertidumbre y las posibilidades de cambio. ●







Manifestaciones artísticas

Francisco Sánchez Lomba

Doctor en Historia del Arte. UEX

Dos cuestiones previas deben señalarse. La primera, la vinculación de la mayor parte de estas tierras con la Orden de Alcántara y, en consecuencia, ligada a su carácter fronterizo, su participación en todos los conflictos territoriales entre las monarquías española y portuguesa. La segunda, en la que no se puede entrar en detalle, la presencia en el territorio de antiguos pobladores que han dejado un riquísimo legado patrimonial, desde los abundantes restos megalíticos, algunos (Valencia de Alcántara, San Vicente de Alcántara, Alburquerque) de carácter monumental, y otros –prácticamente en todos los lugares– de menor entidad, de pizarra y en peor estado de conservación. En esta misma línea habría que mencionar las pinturas rupestres esquemáticas y, de datación muy posterior, el importantísimo número de tumbas antropomorfas localizadas en todo el territorio. En razón de la concisión que se nos exige, valgan estas líneas para sumar a las referencias artísticas que hagamos en cada uno de los lugares. Permítasenos, asimismo, obviar aspectos administrativos o asociativos, para incluir en el grupo estudiado, no sólo unas referencias a la ciudad de Cáceres, sino también a las poblaciones de Herrera de Alcántara y Cedillo.

Cáceres

Cáceres, cuyo primer poblamiento se sitúa en el Paleolítico Superior (Cuevas de Maltravieso), debió configurarse como núcleo urbano y como lugar de tránsito comercial y militar de la Vía de la Plata en época de la dominación romana, como muestran las distintas piezas escultóricas, cerámicas y arquitectónicas, junto a evidentes vestigios en el recinto amurallado. Para los musulmanes fue también una preciada plaza, primero como enclave viario y más tarde por su potencial estratégico y defensivo. El reforzamiento de las murallas y la erección de un notable número de torres, junto con el extraordinario aljibe que debió formar parte del alcázar almohade, son algunas de las muestras que la cultura islámica dejó en la ciudad, recuperada para los cristianos en la primera mitad del siglo XIII.

Será en el siglo XV cuando la ciudad inicie una rápida expansión, con el asentamiento de algunas familias de la alta nobleza de Castilla, beneficiadas por los continuos conflictos dinásticos. Así surgieron las casas-fortaleza del espacio intramuros, adornadas con grandes torres de carácter militar que más tarde reducirían su altura tras el “desmoche” ordenado por la reina Isabel la Católica.

Los siglos XVI y XVII son los de la definitiva configuración del recinto intramuros, con plazas, conventos y casas palaciegas en el entorno de las parroquias de Santa María y San Mateo, importantes piezas arquitectónicas del Renacimiento, y el desarrollo de la Plaza Mayor y barrios extramuros (las dos antiguas juderías, por ejemplo) vinculados a las parroquias de Santiago y San Juan. Todavía habrá importantes actuaciones urbanas en el recinto intramuros en el siglo XVIII, con la iglesia y Colegio de los Jesuitas.

El buen estado de conservación de murallas, templos, palacios y arquitectura doméstica, además del respeto al trazado primitivo de calles y plazas, unido a las importantes tareas de rehabilitación, embellecimiento y eliminación de elementos espúreos, convierten a la Ciudad Vieja de Cáceres en un relevante exponente del Patrimonio de la Humanidad.

Esta brevísima descripción de Cáceres supone el punto de partida hacia una de las zonas más singulares y bellas de Extremadura: la Sierra de San Pedro que, a caballo de las provincias de Cáceres y Badajoz, nos conducirá hasta el encuentro con Portugal. Carbajo, Cedillo, Herrera de Alcántara, Herrerueta, Membrío, Aliseda, Alburquerque, Salorino, Santiago de Alcántara, San Vicente de Alcántara y Valencia de Alcántara, son los Municipios de la Sierra de San Pedro, y a ellos y a las manifestaciones artísticas que albergan, nos referiremos de manera muy ligera en este conciso texto.

Aliseda

Al margen de la importancia del “Tesoro de Aliseda”, valiosísimo conjunto de piezas de oro y plata (brazaletes, sortijas, pendientes, etc.) hallado en 1920 y custodiado en el Museo Arqueológico Nacional (se exhibe una réplica en el Centro de Interpretación de Aliseda), tiene la villa una atractiva arquitectura doméstica de carácter popular, así como varias interesantes fuentes de los siglos XVIII y XIX.

De la arquitectura monumental conservada debe reseñarse la ermita de Nuestra Señora del Campo, obra del barroco popular (siglos XVII-XVIII), en mampostería enjalbegada, y una nave con bóveda de aristas y cúpula sobre pechinas en el crucero. Alberga en su interior

Pág. anterior:
Dólmen “Cajirón”, Aceña de la Borrega.

Ermita de Valbón,
Valencia de Alcántara.



una buena pila granítica de agua bendita y la imagen de la patrona, en madera policromada, y del siglo XVI.

De gran interés es el templo parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, del que –en compañía del investigador D. José M^a Martínez Díaz– tuve oportunidad de dar a conocer buena parte de su proceso constructivo, así como cuatro trazas firmadas por el maestro Alonso Hernández en 1667.

La necesaria brevedad de estos textos y el hecho de que las noticias sobre la iglesia están recogidas en la Revista de Estudios Extremeños (1994) y en Norba Arte (1995), permite que señalemos que estamos ante una edificación levantada sobre una precedente de la que hay pocos vestigios, pero sí mucha información. Información que nos sitúa en la segunda mitad del siglo XVI con nombres de afamados maestros como Pedro de Marquina, Juan Bravo o Francisco Martín Paniagua. La obra que ha llegado a nosotros corresponde a distintos momentos del siglo XVII, fundamentalmente a su segunda mitad, con el citado maestro Alonso Hernández.

Del contenido mueble, muy rico y abundante, cabe destacar el retablo mayor, ejecutado entre 1750 y 1780 por el notable escultor y ensamblador Vicente Barbadillo, y algunos cuadros de fines del siglo XVIII de Tomás y Anselmo Hidalgo.

Alburquerque

Alburquerque es una importante villa de frontera situada en un territorio sembrado de fortificaciones españolas y portuguesas: Azagala, Benavente, Mayorga, La Codosera, Piedrabuena, Alcántara, Marvão, Arronches, etc.



Dólmen de corredor.

Hay abundantes testimonios de antiguos poblamientos: pinturas rupestres del Risco de San Blas, por ejemplo, además de dólmenes, restos epigráficos romanos, etc.

A mediados del siglo XII ya debía existir una población estable en torno a un núcleo fortificado, primero musulmán y a partir de 1166 cristiano. Avanzado el siglo XIII, en 1276, se comenzó el levantamiento del castillo y murallas que, con múltiples alteraciones, ha llegado a nuestros días. De las modificaciones antiguas destacan las promovidas por Don Álvaro de Luna y Don Beltrán de la Cueva entre 1445 y 1465, a quienes se deben algunas de las piezas más llamativas como la Torre del Homenaje y la Torre de los Locos o de los Siete Picos. Algunas reformas del pasado siglo (a mediados primero, y a finales después), han alterado notablemente la fisonomía del castillo, convertido en Albergue Juvenil. En la actualidad se han iniciado otras importantes y controvertidas actuaciones para habilitar buena parte de las dependencias como Hospedería.

Todo el recinto amurallado en torno al castillo (cuatro defensas escalonadas y numerosos torreones), se conoce como Villa Adentro, y en él se distribuyen calles estrechas y empinadas y numerosas edificaciones domésticas de factura gótica o renacentista. Existían cuatro puertas y más tardíamente, a partir de 1705, se incorporó una nueva línea defensiva bajo el sistema Vauban.

Otra construcción militar de importancia es el castillo de Azagala, situado en un pico de la Sierra de Santiago. Es una edificación de fábrica cristiana, originario de la segunda mitad del siglo XIII, si bien con múltiples reformas ya desde los comienzos del siglo XIV y sobre todo en los siglos XVI (con los maestros Hernando Moreno, Lope de Ordietta y Gaspar López) y XVII.

Siguiendo con la Villa Adentro debemos destacar dos construcciones religiosas: Santa María del Castillo, dependencia del mismo, con planta rectangular y tres naves. Es un edificio de sillar y sillarejo, en muy buen estado de conservación tras las reformas del pasado siglo, y con detalles estilísticos tardorrománicos y góticos (siglos XIII-XV).

La iglesia parroquial de Santa María del Mercado es un templo de notables dimensiones, con tres naves y cuatro tramos. Conserva buena parte de su estructura inicial gótica, de fines del siglo XV, si bien ha sido notablemente alterada con cubiertas y añadidos barrocos en el siglo XVII. Tiene un importante conjunto de retablos con pinturas y esculturas de calidad, resaltando el retablo mayor, de comienzos del siglo XVI, con quince tablas al óleo con temas de la Vida y Pasión de Cristo, la imagen del Crucificado: "Cristo del Amparo", del siglo XV, o el magnífico órgano barroco realizado en 1763 por Francisco de Andía.

De las construcciones religiosas extramuros, podemos mencionar las ermitas de Santiago, en estado ruinoso, y la barroca de Nuestra Señora de la Soledad, secularizada. El antiguo convento de San Francisco, aunque sin comunidad religiosa, sigue abierto al culto. Es un edificio del siglo XVIII que conserva la mayor parte de sus estancias, sin especial interés arquitectónico. El Santuario de Nuestra Señora de Carrión, en las afueras de la villa, acoge a la Virgen de su nombre, patrona de la localidad. Es un edificio de notables dimensiones, levantado desde la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII. Realizado en mampostería y con paramentos exteriores e interiores enjalbegados, ofrece más interés por su valor devocional que por su arquitectura,

tiene, no obstante, un rico contenido de pinturas, esculturas, exvotos, ornamentos litúrgicos, etc.

También extramuros está la otra parroquia de la villa, bajo la advocación de San Mateo. Es un templo de notable tamaño, de los siglos XVI (bóvedas de terceletes y combados) y XVII (bóveda de cañón con lunetos), sin especial interés arquitectónico. Mucho más valioso es su tesoro de orfebrería litúrgica, así como su importante colección pictórica y escultórica, aunque el presbiterio lo preside un retablo mayor de mediados del siglo XX.

Carbajo

El único edificio destacable es la iglesia parroquial de Santa Marina, realizada en la primera mitad del siglo XVIII. Se configura con planta de cruz latina. La nave se divide en tres tramos, con coro a los pies, y se cubre mediante bóveda de medio cañón con lunetos. Los brazos de la cruz se cubren con bóveda de medio cañón y sobre el crucero se cierra una cúpula semiesférica sobre pechinas, rematada en linterna (muy resaltada al exterior). También resalta el agudo chapitel de la modesta torre, a los pies, donde se sitúa la portada principal, en medio punto, sobre la que se abre una ventana cuadrada, ambas en cantería.

Del contenido mueble cabe destacar un grupo de imágenes dieciochescas: Santa Marta, San Andrés, la Virgen con el Niño y el Padre Eterno, con ciertas similitudes de estilo, que permiten pensar en que formaran parte de un antiguo retablo. Junto al modesto retablo de obra que preside el presbiterio aparece una vistosa hornacina de fábrica gótica, trasladada de otro edificio o tal vez resto de una iglesia precedente.

Cedillo

Independizado de Herrera de Alcántara en 1836, nos ofrece una destacada muestra de la moda medievalista del siglo XIX: la Iglesia parroquial de San Antonio de Padua. Fue construida en 1894 por Juan Bautista Lázaro de Diego (1849-1919), importante arquitecto seguidor del neomedievalismo de Viollet le Duc y Juan de Madrazo, y sufragada por Bárbara Bustamante y los marqueses de Hinojares. Aparte de su relieve como arquitecto restaurador, Juan Bautista Lázaro es un artífice capital en la renovación de los sistemas constructivos de fines del siglo XIX, en particular por sus aportaciones sobre las bóvedas tabicadas y su virtuosismo en el manejo del ladrillo.

El edificio se construye siguiendo una diáfana planta de cruz griega. Sobre haces de pilastras se elevan bóvedas de aristas en los cuatro espacios que preceden a la cabecera, que se cubre con bóveda de cañón con lunetos. El exterior es fiel reflejo de la sencillez estructural del interior, si bien se adorna con el juego de contrafuertes, los canecillos del alero y el juego de materiales: sillería para el zócalo, vanos y esquinas, y mampuesto de pizarra para el resto. Posee un único acceso, en la fachada de los pies, que se remata con una espadaña.

Otro edificio de cierto interés en la localidad es el conocido como “Casón”, construcción fechada en 1863 y que ha pasado por múltiples usos y consiguientes alteraciones. Rehabilitado en 1980, alterando sustancialmente su imagen, es sede de la Biblioteca Pública, de una Exposición Etnográfica Permanente y de distintas asociaciones. Conserva algunas bóvedas, de cañón y de aristas en ladrillo, de su configuración primitiva.



Herrera de Alcántara

Hubo fortaleza en Herrera, consolidada, como casi todas las de la Orden de Alcántara, a mediados del siglo XVI. En manos portuguesas en 1660, se proyectaron obras para afianzarla con estructuras abaluartadas. En 1667, al retirarse los portugueses de Herrera, volaron el castillo.

De lo conservado, no hay en Herrera edificaciones de especial interés, con un caserío modesto en el predominio la vivienda baja y el encalado. Situada en la plaza de la localidad se eleva la iglesia parroquial de San Sebastián Mártir. Se trata de una construcción de tipología barroca, probablemente del siglo XVIII, aunque las puertas, en medio punto y muy elementales, podrían situarnos en la segunda mitad del XVII. Realizada en mampostería de pizarra, ofrece un exterior anodino y deteriorado, mientras el interior se ha recuperado sustancialmente, con buenas bóvedas de cañón con lunetos y cúpula sobre pechinas en el crucero. Varios retablos de estética rococó, acogen figuras poco relevantes del patrón del templo y de un Crucificado. Al lado de la iglesia se levanta una torre de reloj, en ladrillo, y remate enfoscado con tres vanos por frente; parece ser obra de finales del siglo XIX.

Herreruela

Dos edificaciones de cierta prestancia encontramos en Herreruela, ambas colindantes en la Plaza de España: la Casa Consistorial, rematada en una elevada torre para el reloj, y fechada con inscripción en 1870. Y la parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación. El edificio actual es obra de tipología barroca, de la primera mitad del siglo XVIII que, probablemente se



levantaría sobre una construcción precedente de la que no quedan restos arquitectónicos visibles. Construida en mampostería, con puertas graníticas en medio punto, ofrece un sencillo interior con arquerías de ladrillo, abovedamiento de cañón con lunetos y cúpula de media naranja sobre pechinas en el crucero.

De su contenido mueble merece destacarse un retrabito rococó, un Crucificado del siglo XVI y un conjunto de cuadritos, dispuestos en el testero, que formaron parte de un retablo desaparecido. Son óleos de discreta factura, representando escenas marianas: Anunciación, Adoración de los Pastores, Huida a Egipto, Presentación, etc., fechables en el siglo XVI.

Membrío

En la Plaza Mayor se localiza la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Gracia, cuyo volumen destaca abiertamente sobre el conjunto de la arquitectura popular de la población. El edificio es obra barroca del siglo XVIII, realizado a base de mampostería enfoscada y sillería, sobresaliendo en la fachada occidental una torre rematada en puntiagudo chapitel. Su planta es de cruz latina con ábside poligonal.

Tiene tres puertas. La principal, a los pies, es un vano de medio punto con marcado dovelaje, en cuya clave aparece un escudo con el jarro de azucenas de la Virgen. Esto, y un alféizar con modillones en la ventana que se abre sobre la puerta, proceden sin duda de una edificación anterior, de la segunda mitad del siglo XVI.

Las actuaciones recientes sobre el edificio han modificado su aspecto interior, eliminando el coro y

situando a los pies un gran mosaico. También se ha dispuesto un notable retablo de alabastro en el presbiterio, sustituyendo a un viejo retablo de madera. El trabajo en alabastro fue ejecutado entre 1999 y 2004 por un reconocido maestro artesano-escultor, Evaristo García Santos, con taller en Cabezuela del Valle, fallecido en el año 2006.

Salorino

En la plaza del pueblo se alza, exenta, la iglesia parroquial de San Ildefonso. Es el edificio más grande de la localidad. Se trata de una voluminosa construcción barroca del siglo XVIII, realizada a base de mampostería, con refuerzos de sillares en las esquinas y portadas. Sus portadas se disponen afrontadas en los laterales del templo, y ambas se abren en sencillos arcos de medio punto. Junto a la cabecera se adosa la pequeña sacristía, datada por inscripción en el 1714. La torre se dispone a los pies.

Tiene una sola nave, dividida en cuatro tramos, con crucero y cabecera rectangular. Todos los tramos se cubren mediante bóveda de cañón con lunetos, excepto el crucero, que se cubre con cúpula sobre pechinas. A los pies se levanta un sencillo coro sobre arco escarzano.

En su interior, del discreto contenido artístico se puede citar una talla de San Antonio de Padua, del siglo XVII, existente en el retablo mayor (el retablo es de fábrica pintado), y una talla policromada de San Ildefonso, patrón del templo, de aceptable factura y del siglo XVI. Además cuenta con otro retrabito de madera en la nave, del lado de la epístola y diversas imágenes religiosas de escaso valor.

En las afueras de la población, en el paraje denominado de Santa Ana se localiza la ermita de su nombre, sencilla y atractiva construcción del siglo XVIII, en estado de ruina desde tiempos pretéritos, pues ya Pascual Madoz (en 1850) la menciona como casi arruinada.

Tiene una sola nave, que se cubría mediante bóveda de cañón con lunetos. Se conserva la cúpula sobre el crucero y vestigios de un pórtico lateral.

Santiago de Alcántara

Barrio de Valencia hasta 1834, Santiago de Alcántara conserva una notable iglesia: Nuestra Señora de la Consolación, que ha sufrido notables alteraciones en reformas efectuadas en el último cuarto del pasado siglo, sobre todo por los llamativos recercados de los vanos en el exterior, y la incorporación de un par de capillas al interior abiertas con unas disonantes ojivas.

El interior muestra dos épocas constructivas muy diferenciadas. La capilla mayor, abierta con un arco toral apuntado, se cubre con bóveda de terceletes, y es obra de la primera mitad del siglo XVI. La nave, de mayor anchura, es una sólida obra barroca, cubierta con bóveda de cañón con lunetos, que podría datarse próxima a 1743, fecha que aparece en un Inventario de Alhajas, Ornamentos y Libros conservado, y expuesto en la parroquia junto a las piezas de orfebrería.

Unas discretas tallas de San Blas y Santo Domingo sobre el retablo de obra del presbiterio, e imágenes de vestir de la Virgen del Rosario, de la Dolorosa y del Nazareno, se suman a la llamativa talla del Cristo de las Batallas que, acompañado de su

estandarte procesional, ocupa una de las mencionadas capillas laterales.

En las afueras de la población, una vieja ermita dieciochesca, con la advocación de Santo Domingo, ha sido recuperada para acoger en la actualidad un Centro de Interpretación de la Naturaleza.

San Vicente de Alcántara

Ya hemos mencionado la existencia de importantes monumentos megalíticos en la zona, además de numerosos vestigios de culturas prerromanas. Singular importancia tiene el hallazgo en 1965 de la Villa romana de Torre Albarragena, excavada e investigada con interesantísimos resultados, al hallarse estancias pavimentadas con mosaicos de temática geométrica y naturalista, destacando un tema del Triunfo de Baco. Se ha datado a finales del siglo III y principios del siglo IV.

La arquitectura religiosa más relevante la encontramos en la plaza de España: la iglesia parroquial de San Vicente Mártir, cuyas obras más importantes se realizaron entre los años 1761 y 1766. Es un edificio de grandes proporciones, con planta de cruz latina y testero cuadrangular; consta de nave única dividida en cuatro tramos separados por pilastras graníticas de orden toscano, sobre las que se apoyan arcos fajones de medio punto apenas resaltados. Todas las cubiertas son de cañón con lunetos, cerrándose el crucero con una cúpula semiesférica sobre pechinas. Al exterior destaca la fachada principal y sobre todo su severa portada adintelada. En el lado de la Epístola se yergue la torre, con dos cuerpos de mampostería y ángulos de sillería, y de elaborada coronación.



Ermita de Santa Ana,
San Vicente de Alcántara.

Entre sus bienes muebles destacan el retablo baldauino del siglo XVIII, con el Cristo de la Sangre, procedente de la desaparecida ermita de su nombre, y la talla del Nazareno, de 1634, obra del escultor Sebastián de Paz, procedente de la iglesia conventual de San Benito de Alcántara.

De gran interés es la ermita de Santa Ana, erigida en el año 1708 y declarada Bien de Interés Cultural. Es una obra de reducidas proporciones cuya arquitectura interior, de acusado barroquismo, se halla cubierta con pinturas decorativas de estilo rococó que desarrollan un completo programa iconográfico de figuras: San Vicente, San Lorenzo, Santo Domingo, Santa Teresa, etc., alegorías, motivos heráldicos y flores, fechables hacia 1760.

La actual Casa de la Cultura conserva parte de lo que fue Convento de Franciscanas: un patio interior de dos plantas, con grandes arcos de medio punto y claustro, además de algunas dependencias anejas.

Además de las obras religiosas, cobran especial relevancia las construcciones defensivas y palaciegas del término municipal. El castillo de Mayorga, sujeto a notables modificaciones a lo largo de los siglos, ha llegado a nosotros muy destruido. No obstante, se puede apreciar el recinto principal, restos de ventanas y bóvedas, y del aljibe, que permitieron al profesor Navareño realizar un exhaustivo estudio en el que se señala su construcción en el siglo XIV, e importantísimas obras a lo largo del siglo XVI en las que intervinieron destacados maestros de obras alcantarinos

como Lope de la Ordieta, Diego de Castañeda y, sobre todo, Pedro de Ybarra.

En las inmediaciones de la población, y sobre un terreno llano cubierto de dehesa, se encuentra el castillo de Piedrabuena, erigido en el siglo XIV y sede de la Encomienda alcantarina de su nombre. A partir del siglo XVI se promovieron diversos procesos de construcción y reformas, en las que intervinieron maestros mayores de la Orden de Alcántara tan destacados como Pedro de Ybarra, Sebastián de Aguirre, Juan Bravo, Gaspar López y Alonso Durán. Se trata de una construcción donde se combina lo militar con lo palaciego. El claustro central, el mirador de triple arquería, y los cubos y torreones, confieren a la obra aspecto formal de rica composición, acrecentadas por algunas reformas historicistas del siglo XX.

Valencia de Alcántara

Dos importantes conjuntos arquitectónicos, además de un buen número de construcciones monumentales, convierten a Valencia de Alcántara en uno de los referentes patrimoniales más importantes de Extremadura.

El conjunto megalítico, con 41 dólmenes censados, es de los más importantes de y fue declarado en 1992 Bien Cultural con Categoría de Zona Arqueológica.

La convivencia de las culturas judaica, islámica y cristiana, rota por los decretos de expulsión de 1492, dejó huellas en el llamado Barrio Gótico, mencionado por Madoz en su Diccionario: *siendo muy de notar que todavía se conservan 280 portadas árabes y exactamente uniformes en ojiva*. Fue declarado Bien de



Interés Cultural con la categoría de Conjunto Histórico en 1997.

En época medieval comienza a configurarse el recinto amurallado con el castillo, documentado desde principios del s. XIII. Se levanta en un terreno moderadamente elevado lo que provoca que por su ubicación fronteriza fuese remodelado continuamente con el fin de aumentar las defensas ante los sucesivos ataques de Portugal, dotándolo en 1640 de los más avanzados sistemas defensivos de las fortificaciones abaluartadas de la Edad Moderna y configurándose definitivamente en 1765-66. Se compone de una barrera de sillería y sillarejo, con cinco baluartes que en los lugares más estratégicos se disponen en gola con muros en talud y macizados en su interior

Además de una notable presencia de edificaciones domésticas decimonónicas y de la primera mitad del XX, conserva Valencia una importante arquitectura religiosa.

La iglesia de Nuestra Señora de Rocamador, realizada en cantería y mampuesto, conserva dos vanos de acceso, el de mediodía y la portada principal, organizada en tres cuerpos que responden a los cánones del barroco clasicista, datable en el segundo cuarto del s. XVII. El interior es de tres naves distribuidas en cinco tramos que se cubren con un atractivo conjunto de bóvedas de terceletes y combados, causantes de muchos de los problemas del edificio a causa de su escasa altura. Aunque la sacristía es resto de una edificación precedente, el cuerpo del templo se levantó

desde mediados del XVI, momento en el que Pedro de Ybarra diseña las bóvedas del primer tramo de la nave. En 1610 ya están hechos cuatro tramos y faltan dos para su conclusión. Las contiendas con Portugal ocasionaron la destrucción de una parte del templo en 1664. Fue reconstruido a finales del s. XVII, según las trazas existentes pero quedando el templo con un tramo menos.

En su interior merecen ser destacadas la imagen del Cristo de las Batallas, del siglo XVI, y tradicionalmente atribuido a Berruguete, un buen lienzo del Cristo de la Encina, y una tabla de la Virgen con los Santos Juanes, de Luis de Morales, realizada entre 1560-70 por encargo de Fr. Antonio Bravo de Xerez.

La iglesia de la Encarnación, con tres naves cubiertas con bóvedas de cañón soportadas por sólidos pilares, debió construirse a caballo entre los siglos XVI y XVII. Para su fachada se aprovechó un portal gótico procedente de la iglesia de Santiago, destruida en 1664. Al mismo momento pertenece el monasterio de Santa Ana, de la Orden de las Claras, *verdadero monumento artístico, de muy ajustado y bello orden corintio, obra del siglo XVI*, al decir de Madoz.

Otras edificaciones de interés son el convento de San Pedro de los Majarretes, de la Orden franciscana, activo hasta 1587, recuperado en la actualidad con fines turísticos. Y la ermita de Nuestra Señora de Valbón, en ruinas, pero con restos que permitan reconstruir su historia en la segunda mitad del siglo XVI y a lo largo del XVII. ●





El folklore

Emilio González Barroso

Maestro. Profesor de Música

La música que nace del pueblo forma parte consustancial de la manera de ser de sus gentes y constituye un manantial inagotable que converge, a su vez, en otros muchos aspectos que se integran en lo que se ha denominado “Folklore”, término que significa “*Saber Popular*”, englobando múltiples conceptos que han enriquecido la sencilla vida de nuestros pueblos y constituyen sus costumbres más ancestrales: fiestas, leyendas, tradiciones, romances, artesanía, gastronomía, indumentaria típica, danzas y canciones.

La principal riqueza melódica española radica, precisamente, en la franja más occidental de la península. El folklore musical extremeño se ha nutrido, a lo largo de los siglos, con el intercambio cultural entre regiones limítrofes, fundamentalmente a través de la trashumancia, adquiriendo, no obstante, su propia personalidad. Las poblaciones extremeñas situadas en la demarcación geográfica de la Sierra de San Pedro, la zona más occidental del centro de Extremadura, frontera natural entre las provincias de Cáceres y Badajoz con la vecina Portugal, configuran una extensión muy peculiar, en la que se encuentran varias poblaciones que cuentan con un rico bagaje folklórico, si bien hay que admitir que hayan existido connotaciones de influencia lusitana y a la inversa, en cuanto a referencias folklóricas.

Trazaremos, pues, unas someras pinceladas sobre lo más destacado en este aspecto de algunas localidades integradas en la Sierra de San Pedro.

La **Villa de Alburquerque**, de amplia tradición folklórica, figura en el extenso **CANCIONERO POPULAR DE EXTREMADURA**, de Bonifacio Gil, con algunos temas como el romance de *“La esposa infiel”*, para ruedas de mozos y mozas en Carnaval y el de *“La ausencia”*, ambos dictados por la Sra. Micaela Matador, al igual que la canción carnalera *“Fray Antón tenía una burra”*, dictada por Leandro Pavón; la nana *“Duerme, niño, duerme”*, una canción de esquileo: *“Águilas, que vais volando”*, y un curioso pregón de vendedor ambulante de verduras: *“Muy lah cole, muy lah seboya, muy lah lechuga, muy lah naranja de la China, sinco a la perra”*.

Sin duda, la danza más representativa de Alburquerque es el *Fandango en honor de su Patrona, la Virgen de Carrión*, aludiendo en su letra a su famosa Romería en el entorno de su preciosa ermita y en cuyo texto también se hace referencia a sus “ricos bollos de la Pascua”.

Entre sus costumbres más tradicionales destacan la del *“Día de Todos los Santos”*, en el que los monaguillos recorrían las calles de la Villa, tocando una campana, mientras decían: *“Un santito para San Juanito”*, recabando dinero para celebrar después una merienda en el campanario de la Parroquia. El segundo Domingo de Resurrección se festejaba el *“Día del Bollo”*, al que se alude en su famoso fandango.

De sus especialidades gastronómicas podrían citarse las deliciosas *“empanadillas”* y otros dulces caseiros, elaborados artesanalmente y, entre las culinarias, las chanfainas, ancas de rana y perdices estofadas.



Festival medieval de Alburquerque.

Pero lo que, más recientemente, destaca en su calendario lúdico es el **FESTIVAL MEDIEVAL “VILLA DE ALBURQUERQUE”**, iniciado hacia el año 1994. A mediados de agosto se lleva a cabo un amplio y atractivo programa en la *“Villa Adentro”*, con una esmerada ambientación de casas, calles y habitantes,

Pág. anterior:
Ofrenda a la Virgen de Los Remedios
(Valencia de Alcántara).



que colaboran eficazmente, recreando la vida del medievo a base de conciertos de música de la época en la iglesia de Santa María del Mercado, templo mudéjar del siglo XIII, remodelado en el XV, a la vera del Castillo de Luna, donde se han llevado a cabo magníficas representaciones teatrales, produciéndose también en las “Laderas”, en el “Huerto de las Alcabalas” y el “Palenque”, mercados artesanales, torneos a caballo, danzas aldeanas, bodas, torturas y aquelarres.

De **Villar del Rey** merece ser mencionado especialmente el “*Día de las Luminarias*”, que se celebra el primer sábado del mes de octubre. Es de carácter religioso y está dedicado a la Virgen del Rosario. Después del rezo, suenan las campanas de la Parroquia, prendiéndose fuego a distintas hogueras, distribuidas en diferentes lugares del pueblo, quemándose, principalmente, tomillo.

Una canción recogida en el Cancionero Popular Extremeño posee un curioso texto: “*Pastor, que estás enseñado / a dormir entre terrones / si te casaras conmigo, sí, sí / durmieras entre colchones / Pastor, que estás enseñado / a dormir en la majada / si te casaras conmigo, sí, sí / durmieras en buena cama*”.

También **San Vicente de Alcántara** figura con varias canciones populares en el Cancionero Extremeño. El romance “*La fe del ciego*”, es una hermosa versión del “*Camina la Virgen Pura*”. Hay otra serie de romances muy antiguos de “*moros y cristianos*”, que

se entonaban durante las labores domésticas, como el de *“Una tarde de torneo”*, dictado por la sirvienta Herminia Candelo.

Al igual que en Alburquerque, en San Vicente de Alcántara se conmemora la Festividad de Todos los Santos, solicitándose por las calles y por las casas *“una limosnita para San Juanito”*, portando un gran cesto para los obsequios, mientras tocan las *“matracas”*, saliendo después al campo para asar castañas. Desde hace unas dos décadas, la Festividad del *Corpus Christi* ha adquirido en San Vicente de Alcántara un auge especial. Emulando la ancestral tradición de otras poblaciones españolas de adornar el pavimento por donde transcurre la Procesión con el Stmo. Sacramento, se viene ornamentando el suelo de varias calles céntricas de la localidad, pero no con pétalos de flores ó con arena, sino con virutas de corcho, tintadas de diversos colores y dibujando primorosas combinaciones geométricas, obteniendo una bella manifestación artística, de intensa policromía, que hace honor a su bien ganado apelativo de *“capital del corcho”*.

Valencia de Alcántara cuenta también con numerosas tradiciones festivas, como *“La Cruz de Mayo”*, la *Romería de San Isidro Labrador*, *San Pedro de Alcántara* y la de la *Virgen de los Remedios*. Igualmente, celebran el día 1 de noviembre, con gran entusiasmo y participación, el Día de las Candelas ó el de *“Magusto”*, en el que los jóvenes acuden a *“La Fontina”*, finca de propiedad privada, a merendar y a comer castañas asadas. Y, como fiesta destacada, la de *San Bartolomé*, su Patrón, el 24 de agosto.

El año 1980 se fundó el Grupo Folklórico *“Juéllega Extremeña”*, que ha venido manteniendo una intensa actividad con actuaciones y festivales.



En **Aliseda** se festejaba mucho la entrada en *Quintas* y la “*talla de los mozos*”, con el reparto de dulces caseros por parte de las familias de los mozos, como roscas caseras de huevo y coquillos, entonándose canciones alusivas a la Guerra de África y a las “sustituciones” que antiguamente existían a la hora de cumplir el Servicio Militar.

La Fiesta de la Virgen del Campo se celebra entre el Domingo de Pascua y el segundo Domingo de Resurrección. El Martes de Pascua es la Fiesta Patronal, con misa, procesión, pujas y romería.

La ciudad de **Cáceres** posee un rico y variado patrimonio folklórico, tanto en canciones y danzas populares como en costumbres y tradiciones festivas, religiosas y profanas, así como en labores artesanas y en gastronomía. Esbozaremos una breve semblanza de lo más destacable.

Sus numerosos bailes y canciones, recogidos en diferentes colecciones folklóricas como el “*Cancionero de Cáceres y su Provincia*”, de *Ángela Capdevielle*, y el de *Manuel García Matos*.

Citaremos, como ejemplos, “*En esta plazuelita*”, “*Ya voy entrando en tu calle*”, “*Allí arriba hay un*

pinar”, que se canta en la Romería de Santa Lucía. Pero la que, indudablemente, se lleva la palma como la canción y danza cacereña más representativa es el “Redoble-Redoble”, himno oficioso de la Alta Extremadura. Precisamente ése es el nombre que adoptó uno de los más destacados grupos folklóricos, existiendo también, con anterioridad, el de la Escuela Municipal de Canto y Danza. Durante muchos años actuó, con notable éxito, realizando interesantes grabaciones discográficas, el Grupo Folk “*El Caldero*”.

Entre las diversas tradiciones que siguen manteniéndose en la capital cacereña figuran la Festividad de *San Jorge*, con procesión cívica, tremolándose la “*Bandera de la Milicia Concejil*”, popularmente conocida como el “*Pendón de San Jorge*”, con la posterior quema del Dragón.

Muy celebradas son las Fiestas de *San Sebastián* ó “*Los Santos Mártires*”, el 20 de enero y “*Las Candelas y San Blas*”, el 2 y el 3 de febrero, en las que se lucen los pañuelos de “*sandía*” y de “*mil colores*”, con los moños de “*picaporte*”, y los trajes de “*campuzos*”, degustándose las típicas roscas, mientras se baila al son de la flauta y el *tamboril*. ●





Pobladores de la Sierra La Raya

Juan José Viola Cardoso

Escritor. Cazador

La Sierra de San Pedro, en su conjunto, está formada por una serie de cuerdas que se abren a partir de la Sierra del Centinela, en Alcuéscar, y se extienden en dirección SE-NO, hasta llegar a la desgajada Sierra de Carbajo por el Norte y la Sierra de dos Hermanas, por el Sur, ambas muy próximas ya a la Raya Portuguesa.

Estas tierras fueron pobladas desde la más remota prehistoria por cuantas culturas han poblado el territorio extremeño, de las cuales quedan, como testigos, numerosos yacimientos con cantos rodados de cuarcitas. Hay vestigios de campamentos de los cazadores nómadas del paleolítico en las dehesas del Puntal, Hoyas, La Judía, etc. La Edad de Piedra nueva deja un buen número de dólmenes, cistas y túmulos, contruidos con grandes bloques de cuarcita como los dólmenes de las dehesas de Palomares y Carrasco.

Los siglos oscuros que preceden a la historia se vivieron en estas tierras con una vitalidad sorprendente. Así encontramos pinturas rupestres esquemáticas del calcolítico en la Cueva del Buraco en la Sierra de Santiago de Carbajo, Peñas de San Blas en Alburquerque y las Calderas, en Azagala. Castro de la Edad del Bronce en la Sierra del Aljibe, Puerto del

Clavín, Atoquedo y Sierra de Carbajo. Castros de la Edad del Hierro en la Sierra de Estena, Cerro del Cofre en la finca de las Mayas y en la Sierra del Aljibe.

La llegada de los romanos fuerza el despoblamiento de los castros, pero los santuarios indígenas persisten como el de la diosa Navia en el Puerto de las Mezquitas o el santuario dedicado a la diosa Ataecina, en Santa Lucía, en Alcuéscar, donde la Sierra de San Pedro comienza. El imperio explotó las minas de hierro en la Sierra del Aljibe, en Aliseda, en la Sierra del Pozo Hierro, en Azagala. Estos montes fueron solar de numerosas *Villae* que pervivieron en la época visigoda y que son el origen de muchas ermitas. Es el caso del Gaitán, Valdelayegua, Aceitunilla, Santa Lucía del Trampal, Santa Leocadia y San Román (Finca Valdelacasa), ermita de los Santiagos, en Alburquerque, y muchas otras.

Tras el largo paréntesis de la ocupación árabe, estos lugares se reedifican tras la Reconquista y se erigen castillos y otras construcciones; de tal época es la ermita del Castillo de San Pedro, el Castillo de la dehesa de Castellanos, el Castillo del Esparragal en Santiago de Alcántara, etc. Sería largo enumerar todos los asentamientos antiguos que se encuentran en el vasto territorio que comprende el espacio de sierras y entre-sierras, cada una con su nombre, que corresponden a la Sierra de San Pedro.

Después de la Reconquista, la Orden de Alcántara, por cesión de la Corona, entra en posesión de extensas zonas en la Sierra de San Pedro, Encomiendas de Azagala, Piedrabuena, Benfayan, Cantillana, Clavería y Mayorga. Ésta última ya en las cuerdas de las estribaciones de la Sierra de San Mamede, reedificando los castillos que los árabes habí-

an dejado, y en otras, como Piedrabuena construyéndolo nuevo. Otra gran extensión de la Sierra de San Pedro quedó en poder del Consejo de Cáceres, como tierras baldías.

Numerosas son las referencias históricas sobre la Sierra, sus pobladores y sus fincas y sus encomiendas. Fernando IV, en 1309, dona a Martín Gil de Souza, Alférez Mayor del Rey Don Dionis de Portugal, los castillos de Azagala y Alpotreque en pago por las ayudas que éste le prestó contra los moros granadinos y fue él quien reconstruyó y agrandó el Castillo de Azagala, según reza en una lápida de la Torre de Armas:

Dom Martin Gil de Sovsa Conde de Barcelas. Alfarez del Rey de Portugal e mordomo do Infante Don Alfonso, seu filho mor. Herdeiro e senhor de este castelo mandou fazer esta torre e foy començada no mes de maio da era de mil e trescentos cuarenta e un ano e mandou aquí seus linajis poer. Deus sit. Pro. Nos.

Aquí, en este castillo, tuvo su residencia durante una larga etapa de su vida el Clavero de Alcántara, Don Alonso de Monroy, rodeado siempre de los guerreros más bravos.

Las sucesivas crisis de las economías reales y la rapacidad de algunos linajes nobles van a conseguir sucesivos trasposos en la propiedad de estas tierras, cambios que se agudizan con las sucesivas desamortizaciones. Las encomiendas de la Orden de Alcántara primero pasaron a la corona y después acabaron en poder de grandes inversores, personas que vivían fuera de la región. Por su parte los terrenos del Consejo de Cáceres fueron adquiridos en las desamortizaciones

Pág. anterior:
Castillo de Azagala y panorámica del entorno
de la sierra de Santiago.



La pela o esquila de ovejas
en la dehesa.

por particulares y por grupos de pequeños inversores, que se unían en los pueblos para ir a las subastas de las desamortizaciones, como el caso de Malpartida de Cáceres, que compraron conjuntamente al Consejo varios millares en la Sierra de San Pedro.

La Sierra, en una economía agraria, desde siglos ha dado trabajo a mucha gente, ocupada básicamente en

colmenares y ganadería trashumante. Varias cañadas y cordeles de la Mesta atraviesan la Sierra (Cañada de Sancha Brava, Cañada de Azagala, de Torregena, Cañada del Puerto de las Herrerías, así como numerosos cordeles de distribución entre los distintos millares).

Estos pobladores vivieron en aldeas como la desaparecida de Santa Leocadia, en el entorno de los



castillos o casas fuertes, y en numerosos cortijadas y chozos. Se trataba de guardas, alimañeros, porqueros, vaqueros, pastores, carboneros, piconeros, sacadores de corteza para las tenerías y sacadores de corcho cada temporada.

Esta panorámica de la Sierra quedaría incompleta sin los franciscos, los frailes de la reforma de San Pedro de Alcántara, vestidos con apenas un rústico sayal sujeto con un cordel a la cintura y descalzos. Estos frailes mendicantes, que viviendo en pobreza y penitencia también anduvieron este espacio, construyeron sus conventos, algunos de extraordinaria modestia, en parajes muy especiales de la Sierra, Valle de Lauriana, umbría de las Canalejas, Asiento del Farrapo, Sierra del Centinela, en Alburquerque.

Pero también hubo pobladores no tan laboriosos ni espirituales a lo largo de la historia, bandoleros en otro tiempo y maquis durante y después de la Guerra Civil. De las andanzas y hechos de estas personas ha quedado, también, constancia en la memoria de la gente de la Sierra.

Contaba Carlos Prudencio, de Alburquerque, que su abuelo había sido sacristán del último capellán de Azagala, que era natural de Salorino y amigo de cazar de ronda. Este cura tenía amistad con el bandolero llamado El Chico Cabrera. En verano, cuando el cura iba a su pueblo, lo hacía de noche para aprovechar el fresco, debían de componer una curiosa estampa el sacerdote montado en mula torda, el sacristán en su borrico y el bandolero, que les acompañaba para protegerlos, en su caballo. El capellán, al morir, dejó a Manolo Prudencio, además de las inolvidables experiencias de su amistad con el temido

bandolero, la mula torda y el hierro de las vacas que tenía como escusa en la Encomienda, hendida en la izquierda y muesca por detrás y hoja de higuera en la derecha. Flaca herencia y difícil de confundir la marca del capellán de Azagala.

Todavía perviven algunos topónimos alusivos a la presencia de los bandidos en la Sierra, como El Puerto de los Ladrones, en la Sierra de Barco, por donde pasaba la cañada de Azagala a Brozas.

También en el Castillo de Azagala estuvieron, si bien por corto tiempo, acantonados los maquis de la Sierra de San Pedro. Cuando las fuerzas vinieron desde Alburquerque a combatirlos, lo hicieron con tanto aparato de propaganda, que al tomar el castillo lo único que encontraron fue una cabra. Los Maquis estaban en frente, en la inmediata Sierra de las Calderas.

La Sierra de San Pedro, en la actualidad, está prácticamente despoblada. Los aprovechamientos ganaderos siguen siendo extensivos y muy parecidos a los de otros tiempos. Se ha intensificado, no obstante, las densidades de cervuno y también de otras especies cinegéticas, en otros tiempos inexistentes, gamo y muflón; han desaparecidos los corzos y los lobos. En el manejo del ganado se han producido grandes reformas, ahora es distinto, se hace en cercados, solo un par de vacadas hacen trashumancia. En fin, se han abandonado los chozos, las casas, los castillos y bastantes cortijadas. Los habitantes que restan, en su mayoría, residen en los pueblos. Pero, con todos estos profundos cambios, el paisaje sigue siendo el mismo que hace miles de años. Sigue siendo un extenso e inigualable bosque mediterráneo, digno de ser cuidado con el máximo esmero.

La Raya y sus gentes

La frontera de España con Portugal es un territorio de más de 700 kilómetros de longitud, desde Ayamonte en el Sur hasta La Guardia en el Norte. Constituye un territorio muy extenso y de los menos poblados de Europa. En este conjunto de tierras destaca por sus singularidades la Raya portuguesa que afecta a los términos de Valencia de Alcántara, La Codosera y Alburquerque en la parte española, y a los consejos de Marvão, Portalegre, Arronches y Campo Maior en la portuguesa. La primera parte del territorio, de Norte a Sur, está constituido por los riberos del Sever y las sierras de Jola y la Lamparona, ambas estribaciones de la Sierra de San Mamede. Después, hacia el Sur, ya en el término de Alburquerque, el terreno está constituido por llanos y rañas. En esta parte, frente a Hogüela, hubo hasta después de la Guerra Civil un territorio llamado Reyerta, de legua y media de largo y media de ancho, que era tierra de nadie, en el cual podían pastar los ganados de los dos países, pero solo de sol a sol, y donde no se podía prender a las personas por no haber jurisdicción.

El tramo de Raya comprendido desde la desembocadura del Sever al Tajo, y hasta la confluencia del Gévora con El Zapatón, es el que aquí acotamos porque, de alguna forma, es la parte que queda enfrentada a la Sierra de San Pedro, con la cual se interrelaciona a través de lo que bien podríamos llamar el corredor Sierra de San Pedro – San Mamede.

Este territorio, desde el punto de vista humano, ha constituido el escenario donde posiblemente se han movido el mayor número de contrabandistas de toda la frontera hispano-lusa. Y, en pos de ellos, los carabineros y los guardinhas. Todo ello dentro de un

mundo complejo en el cual la vida ha sido difícil por falta de medios, de recursos, donde la principal “industria” era el contrabando de un lado para otro de la frontera, de Raya. Esta práctica ha impregnado las costumbres, leyendas y tradiciones de la frontera, entre las cuales se encuentra muchas verdades de peso sobre las cuales convendría reflexionar.

El comercio legal entre las dos zonas, sujeto a muchas trabas aduaneras y fuertes aranceles, fue prácticamente nulo. La Raya constituyó durante largos espacios de tiempo una pared legal difícil de pasar en cualquiera de los dos sentidos. Una serie de puestos de los carabineros estaban establecidos, desde muy antiguo, en una línea paralela a la Raya, El Pino, Alcorneo, Bacoco, Carrión, Dos Hermanas, La Gallina, entre las cuales, a diario, los guardias hacían confronta. Pero las relaciones humanas, como elemento natural, como el agua y el aire, son difíciles de detener. De tal manera que lo que no podía ser de una forma legal lo fue de forma clandestina. De esta forma pasaron a Portugal miles de arrobas de aceite de oliva en pellejos de macho cabrío (Os coiros) a espaldas de los contrabandistas. Caballerías, cabras y hasta gallinas (todavía existe un contrabandista ya muy mayor conocido por “O Galinha” debido a su antiguo negocio de contrabando), herraduras y clavos que llegaban a La Codosera en camiones completos, azadas, cabanchos y otras herramientas de la marca “La Bellota”, muy apreciada en Portugal, sin dejar de mencionar plátanos, ajos, tripas para embutir, etc.

De Portugal a España, por el mismo procedimiento, pasó harina (las personas se daban una palmada aparentemente de afecto en la espalda, pero era para ver si soltaba polvo de harina del contrabando) y pan, muchos sacos de pan, debido a la falta de estos

alimentos que se padecía en España después de la Guerra Civil. También venía del otro lado de la Raya tabaco, plata, tejidos, zapatos (estos se pasaban primero los de un mismo pie, después se pasaban del otro, así si eran intervenidos por los guardias las subastas de hacienda tenían que ser a bajísimo precio y solo se presentaba el propio contrabandista), otros contrabandos singulares fueron piñas o ananás, también contrabando de personas, los mozos que desertaban de la guerra de Angola y medicamentos. De hecho la primera penicilina que emplearon algunos médicos en Badajoz vino de contrabando de Portugal.

Dejamos a propósito para el final el producto estrella; el café, mucho café de las marcas “Cubano”, “Touro”, “Caracolillo”, “Camello” y otras. A veces este contrabando del café se organizaba en cuadrillas de hasta 40 hombres que pasaban la Raya a “frete” para un entrador, otras veces eran pequeños grupos autónomos de dos o tres contrabandistas que se agrupaban porque siempre era mejor ir acompañados. El cargamento de café de un hombre se llamaba mochila (Mochileros) que, por norma general era un fardo de arpillera, de alguna u otra forma impermeabilizado, de 30 kilos formados por 60 paquetes de medio kilo; a esto había que añadir el peso de la comida, que se llevaba en un bolso encima de la mochila y que, cuando había que tirar la carga a los guardias, se tenía buen cuidado de no hacerlo con éste.

Más tarde, sobre los años 50, los contrabandistas comenzaron a usar buenos caballos, con los cuales triplicaba la carga y aligeraban el camino. El caballo, además del jinete, llevaba dos fardos atados con una lazada, de forma que cuando había que huir de los guardias, que también usaban caballos, se tiraba de un cabo y las cargas caían al suelo. Aunque la guardia civil dis-

puso de buenos caballos, los de los contrabandistas estaban más entrenados, eran más rápidos y además estaban acostumbrados a saltar las paredes. Estos caballos fueron famosos porque posteriormente se utilizaron en los raids de competición donde daban magnífico resultado, el problema era que cuando veían un guardia no había manera de contenerlos.

También se hizo contrabando en coches, exponiéndose a ser atrapados en los controles de los guardias y en camiones. Un camionero que, durante un mes, cargó sacos de picón en una pedanía de Valencia de Alcántara, se quedaba a dormir en el pueblo y sólo salía de ruta cuando ya la mañana levantaba y los controles se habían retirado. Este comportamiento de pérdida de tiempo le pareció anormal a un guardia veterano que entró en sospechas. Fue al camión y, apartando los sacos de picón de la parte exterior, descubrió que en realidad iba cargado de café.

Las estrategias de los contrabandistas y los guardias, jugando al gato y al ratón, son a veces, realmente inenarrables. El contrabandista era generalmente gente capaz y arriesgada para los cuales antes que las leyes fiscales estaba su negocio, en muchos casos su supervivencia. Se necesitaba valor para transportar semejante carga a la espalda durante varias noches, porque siempre el transporte se hacía de noche; generalmente convenía hacerlo en invierno por ser las noches más largas. Se guiaban por las estrellas, cuando no estaba nublado, orientándose con las cuerdas de las sierras, generalmente sin reloj pero con el tiempo calculado y sabiendo hasta dónde podían llegar. Desde la Freguesía de San Julião, en el consejo de Portalegre, hasta la Roca de la Sierra, por citar solo uno de los muchos itinerarios, se empleaban tres a veces cuatro noches.

Los contrabandistas, en general, fueron hombres de una fibra muy especial, audaces hasta la temeridad y duros ante toda clase de adversidades. Tenían que marchar en la oscuridad de la noche, cargados, soportando a veces lluvia, heladas cuyo frío solo era posible contrarrestar con el esfuerzo y siempre con la presión de encontrarse con los guardias. Ciertamente había que tener condiciones físicas excepcionales para semejante tarea.

Contaba Antonio “Malvinha” que, una vez, junto con un portugués que se apodaba “Blancaflor” y otro colega llamado “Galhavas”, portaron las cargas por este itinerario. La segunda noche recogieron las mochilas en la Sierra del Naranjal, donde las tenían escondidas y, al rato, pararon a tomar un poco de comida en la fuente del Puerto de los Cebollinos, ya noche cerrada. Un momento después pasaban el río Tres Arroyos que iba fuerte. Pantalón encima de la mochila y con el palo (siempre llevaban una especie de cayado) tanteando la corriente. No hubo novedad pero “Malvinha” al ponerse los pantalones se dio cuenta que había olvidado su navaja nueva en la fuente; como aún estaban cerca, dijo que le esperaran y volvió a recogerla. Otra vez al río, pero esta vez con los pantalones debajo del brazo. Faltaba el peso de la mochila y la corriente le levantó los pies. Pues a nadar, pero el palo y los pantalones se fueron con la corriente. Volvió, al poco rato, con la navaja, pero cuando contó lo que le había pasado y en la situación que quedaba para hacer el resto del viaje, a “Blancaflor” le pareció la situación tan cómica que con el ataque de risa se le desencajó la mandíbula. Por la Zafra bordearon Alburquerque y pasaron el día escondidos en la Sierra del Centinela. Desnudo de cintura para abajo uno y el otro sin poder mascar la comida. La noche siguiente avanzaron hasta la Sierra de San Juan, allí

“Malvinha” se acercó a las casas de las Huertas de los Alandros, lo conocían y le prestaron unos pantalones. Por fin llegaron a La Roca, se acomodaron en la casa del entrador y al otro día este acompañó a “Blancaflor” al médico. Don Gabriel Peíro, padre, este con una mano le cogió por bajo la barbilla, con la otra le dio un golpe y la mandíbula le quedó encajada. ¡Anda ya puedes ir a comer!

Para los contrabandistas, el esfuerzo, las calamidades del tiempo, el riesgo, las aventuras con los guardias y sus temeridades vadeando arroyos y ríos crecidos eran circunstancias casi cotidianas.

Cuando venían a Cáceres tenían que regresar andando otra vez de noche. No podían volver en el tren porque no disponían de “salvoconducto” para viajar y en el tren iba la policía secreta, excepto un contrabandista manco, que había perdido una mano pescando con dinamita, llamado “Tío Rato”. Éste se sentaba y tapaba su brazo con la chaqueta, cuando la policía le preguntaba por la documentación negaba con la cabeza y cuando le insistían que a dónde iba, que qué hacía, ese momento sacaba, de golpe el brazo manco y le ponía el muñón muy cerca de la nariz al policía gritándole ¡Que quiere Vd. que yo haga con esto! El policía, impresionado o tal vez pensando que pudiera ser un mutilado de guerra, le volvía las espaldas y le dejaba en paz. Tío “Rato” iba hasta San Vicente de Alcántara tan ricamente en el tren y, luego ya, en un paseo, hasta su casa. Los compañeros tardaban tres noches por la sierra y llegaban aspeados.

Claro que no todos los arrayanos se dedicaron al contrabando, faltaría más. De hecho la mayor parte de la gente trabaja sus tierras, la labor, la ganadería y nunca



quisieron dedicarse a la práctica del contrabando, por temor a todas las consecuencias que esto podía acarrearle o simplemente por vivir tranquilos dentro de la más estricta legalidad en todos los aspectos de la vida.

Pero aun éstos se vieron obligados, después de la Guerra Civil, a comprar alimentos traídos de Portugal. En aquellos tiempos toda la gente de la Raya, de alguna forma o de otra, se acababa siempre encontrando a los mochileros, a la gente del contrabando, aunque éstos eran sumamente discretos en sus movimientos. Eran especialmente cuidadosos en no tocar nada ajeno, pues cualquier hurto podía motivar quejas a la guardia civil. A veces, en pleno mes de agosto atravesaban por la noche un sandial en la Zafra de Alburquerque o un melonar en los barros de Villar del Rey, y se aguantaban la enorme tentación de coger una sandía o un melón que les calmara la sed.

Incluso frente a los propios guardias, sus adversarios, los contrabandistas guardaban su dignidad, eran personas ilegales ante las leyes fiscales, ante hacienda, pero en ningún caso se les tuvo ni se les trató cuando se les detenía como a malhechores, limitándose, en la mayoría de las veces, a requisarle las cargas de café.

Con la emigración y el paulatino aumento del nivel de vida, este mercado ilegal comenzó a disminuir y, cuando la frontera se abrió, al integrarse España y Portugal en el Mercado Común Europeo, todo este tráfico de cosas clandestinas acabó. Portugal suprimió los *guardinhas*, España ya hacía años que había hecho lo propio con los *carabineros*. En muy poco tiempo se desvaneció el mundo del contrabando en la Raya. Pero el recuerdo de sus vivencias, riesgos y aventuras perviven en la memoria de mucha gente de la frontera y de la Sierra de San Pedro.



Ya mayores, aún viven muchos de los antiguos contrabandistas, y siempre que se habla con ellos de estas cuestiones les brillan los ojos y cuentan historias: “Una vez que íbamos con los caballos al encuentro de los de Albalá, allí, pasado la ribera de Sansustre... De estos hombres, también a veces mujeres, queda la memoria de otros tiempos y las veredas. Las veredas de los contrabandistas, en la Sierra de San Pedro, pero muy poco escrito, muy poca historia para tanta importancia. El memorable libro de “Los Mochileros”, de Antonio Ballesteros y poco más. Creemos que bien se merecía un estudio profundo la actividad de estas personas, de sus vidas y andanzas, de situar en los mapas los caminos que tanto transitaron desde la Raya por la Sierra.

Relación de la Sierra de San Pedro con La Raya

La Sierra de San Pedro, que en parte se puede considerar como corredor natural de fauna y de flora con la portuguesa Sierra de San Mamede, (las avatardas cruzan, en época de celo de los campos de Brozas y de San Vicente hasta los llanos de Arronches), los lobos campaban de uno a otro sitio, pero lo que sí ha sido en tiempos pasados fue el corredor, el espacio de tránsito de los contrabandistas hasta la ciudad de Cáceres y los pueblos de su entorno y, a veces, para destinos más lejanos.

Para esta actividad clandestina, cuyos movimientos tenían lugar siempre de noche, era más fácil pasar inadvertidos en los terrenos agrestes. La Sierra, con sus cuerdas de jaral y entre-cuerdas arboladas, facilitaba el ocultamiento durante el día de las cargas y de los hombres, no digamos en el caso de los caba-

llos. No obstante, las cuadrillas de mochileros que cargaban en Hogüela, o en La Esperanza, muy numerosas, tenían que atravesar la primera noche los amplios llanos al Sur de la Sierra de Dos Hermanas hasta incorporarse a las cuerdas más meridionales de la Sierra de San Pedro, en este caso La Sierra de los Molineros y Las Cañadas de Bragao.

Los contrabandistas solían tener por toda la Sierra, familiares trabajando en las distintas tareas de las fincas y otras personas amigas que les servían de confidentes. Estas circunstancias les permitían estar al tanto de las visitas de los guardias en sus rondas, que más o menos eran periódicas. Esta precaución se venía abajo cuando, por alguna razón, se montaba un servicio extraordinario. También los guardias obtenían información de los contrabandistas por parecido procedimiento y no pocas veces, unos y otros, coincidieron con los resultados que eran de prever.

Los contrabandistas caminaban de noche en fila y a la distancia máxima que les permitiese caminar viéndose. Si las noches eran muy oscuras, cerca, si las noches eran con luna, a bastante distancia. Cuando había que pasar un sitio que fuera muy problemático por la posible presencia de los guardias, pasaba el guía primero sin carga; si estaba despejado imitaba el canto de un pájaro nocturno y luego ya pasaba el resto de la cuadrilla. A veces los guardias conocían esta estrategia y, escondidos, dejaban pasar el guía y cuando estaban pasando los demás era cuando daban el alto. En estos casos estaba establecido que nunca debían dos mochileros correr en la misma dirección y, si se podía, replegarse para atrás. Después cada uno escapaba por donde podía, pero al amanecer o a una hora combinada había un punto establecido donde volvían a juntarse todos. Un problema importante en tiempo de invierno eran

los ríos grandes, Gévora, Albarragena, Zapatón, Sansustre, y Salor, muchas veces estaban crecidos y había que cruzarlos por vados conocidos y con extremo cuidado. Con los caballos era posible pasar mucha más agua pero había que extremar aún más el posible tropiezo del animal.

Todo este movimiento de mercancías, aunque venía de antiguo, tuvo su mayor auge desde los años 40 a finales de los 50. Después se incrementó la emigración y comenzó a desarrollarse otro tipo de trabajos y el contrabando, aunque se siguió produciendo hasta la apertura de la frontera, lo hizo ya con menor intensidad.

Fue una actividad ilegal y solo nos limitamos a constar su existencia durante siglos, a veces de manera muy intensa, particularmente después de las guerras. Después del 1918, Portugal, que había participado en la 1ª. Guerra Europea, tuvo una depresión económica muy fuerte, su moneda se depreció mucho, (un duro de plata español se cambiaba a 20 escudos), entonces numerosos obreros portugueses, de las Beiras Altas, *Los Ratinhos*, vinieron clandestinamente a trabajar a España en la siega y a descuajar monte, en los sitios próximos a la Raya. Trabajaban siempre en cua-

drillas y hay numerosos topónimos que quedaron en las fincas con sus nombres. “Cuadrillas del Alfalhaté”, “Del Boy”, “De los Cinco Chivos” etc.

En España, después de la Guerra Civil, los productos alimenticios estaban intervenidos y muchos racionados. La harina, el pan, garbanzos y otros alimentos; esto motivó un fuerte contrabando de productos que luego, la mayoría de las veces, se vendían de estraperlo. Gran parte de ese contrabando transitó por la Sierra de San Pedro, desde Portugal hasta los pueblos próximos a Cáceres y a veces hasta la misma ciudad.

La Raya y la Sierra de San Pedro durante mucho tiempo han mantenido intensa relación por las cuestiones del comercio clandestino entre los dos países, por el contrabando.

La apertura de la frontera, con el libre comercio entre países de la CEE, ha sido, sin ninguna duda, el hecho histórico más importante de la Raya, pues ha contribuido a eliminar esa barrera que intentaba separar a las personas de uno y otro lado, económica y culturalmente, con falsos prejuicios que nunca tuvieron sentido, y en estos tiempos, menos aún. ●







Sierra de San Pedro *Sierra de São Mamede*

Nuno Sequeira

Vice-presidente de Quercus

Agradecimientos a

Catarina Moreno-Pina, Isabel Passos, Carlos Pacheco, Samuel Infante,
João Castro Antunes, Parque Natural da Serra de S. Mamede

La bahía del Mediterráneo, debido a su peculiar amplitud de condiciones edafo-climáticas, es sin duda un lugar de excepción en lo que respecta la diversidad en términos biológicos. Por lo tanto, es considerado uno de los *hotspot* para la biodiversidad a nivel mundial. En esta área de aproximadamente 2,3 millones de kilómetros cuadrados, existen cerca de 770 especies de vertebrados y 25.000 especies de flora, siendo 13.000 endémicas.

Portugal y España, juntamente con Italia, Grecia y el sur de Francia, forman parte de la bahía Mediterránea, ejerciendo un papel fundamental en la conservación de la biodiversidad a nivel europeo. La gran diversidad biológica existente en la Península Ibérica resulta de diversos factores geológicos, climatológicos y geográficos que, a lo largo de millares de años, influenciaron la evolución en esta región. Las grandes variaciones orográficas y su

situación geográfica permitieron la existencia de diversos refugios durante la época glaciaria, lo que ha posibilitado la subsistencia y posterior recuperación de numerosas especies que se han extinguido en el resto del territorio europeo.

Actualmente, Portugal y España se benefician de determinados contextos ecológicos, bien diferenciados en diversos puntos de sus territorios, que permiten la fijación de especies con las más diversas exigencias ecológicas. De ahí que sea muy importante el papel desarrollado por las áreas protegidas citadas por los respectivos Estados, así como las que han sido clasificadas al abrigo de la Red Natura 2000 (red ecológica para el espacio Comunitario de la Unión Europea), y donde siguiendo directrices nacionales e internacionales, se ejecutan medidas de conservación de la naturaleza y de la biodiversidad, supervisando la valorización y el reconocimiento público del patrimonio natural.

A nivel de las regiones interiores se torna aún más relevante la creación y valorización de estas áreas protegidas, considerando que las mismas pueden ser garantes de la preservación para las generaciones futuras de valores naturales, muchas veces únicos, que han conseguido subsistir teniendo en cuenta una menor presión industrial y urbanística sobre estos territorios, unido a una relación de respeto y cooperación entre la Naturaleza y el Hombre que se ha mantenido a lo largo de los tiempos. Por otro lado, el desenvolvimiento regional que se pretende impulsar para el interior deberá pasar, sin duda, por un desenvolvimiento sostenible que sepa valorizar y potenciar los valiosos recursos naturales ahí existentes, a los cuales cada vez más un mayor número de ciudadanos concienciados otorga preferencia.

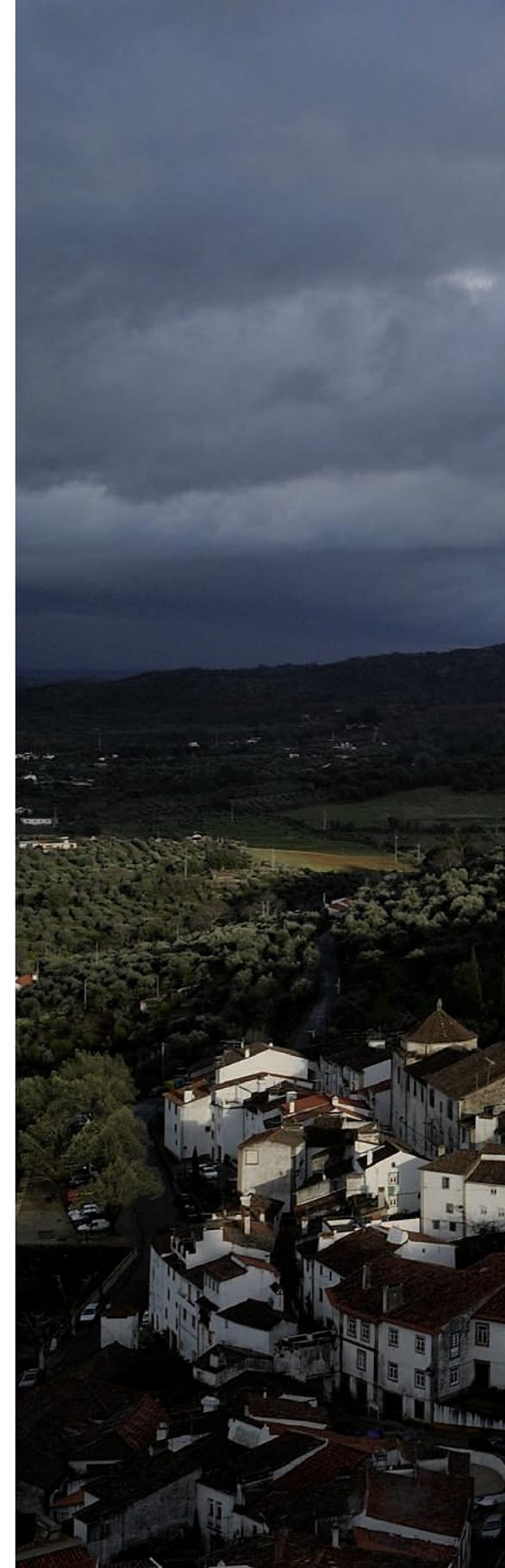
La Sierra de San Pedro, en la Extremadura española, y la Sierra de São Mamede, en el Alto Alentejo portugués, surgen como dos espacios naturales nacionales desde el punto de vista legislativo, pero transfronterizos, desde el punto de vista natural, los cuales urge preservar y potenciar. Representan el último sector de la cordillera Oretana, que se inicia en los Montes de Toledo y se extiende desde Este hasta Oeste de España, entrando en Portugal a través de la Sierra de São Mamede. Esta cordillera erige la divisoria de los aguas de la bahía hidrográfica del Tejo y del Guadiana, revistiendo este hecho la mayor importancia para la conservación de la diversidad, en particular de organismos ligados a los medios acuáticos, como son por ejemplo los peces y los anfibios.

La Sierra de San Pedro, con un área superior a 115.000 hectáreas, fue declarada como ZEPA (Zona de Especial Protección de Aves) en el año 1989. Está considerada uno de los buenos ejemplos representativos de la flora y fauna ibérica, asociadas al bosque y matorral mediterráneos, estando sus hábitats en un estado de conservación tal que permiten la convivencia de un gran número de especies animales amenazadas, como por ejemplo el lince ibérico (*Lynx pardinus*), y el águila imperial ibérica (*Aquila adalberti*), la cigüeña negra (*Ciconia nigra*), el águila real (*Aquila chrysaetos*), y el buitre negro (*Aegypius monachus*), entre otros.

En términos vegetales, aunque la encina (*Quercus rotundifolia*) sea la especie arbórea dominante, la climatología y el tipo de suelo, favorecerán

Pág. anterior:
Castañar en la sierra de
San Mamede.

Vista de Castelo
de Vide y Sierra de
San Mamede.







Meloncillo
(*Herpestes ichneumon*).

también en gran medida el desarrollo y distribución de una gran área de alcornoque (*Quercus suber*), siendo de este modo, el sector de "corteza" uno de los principales polos de desarrollo económico de la región. También al nivel de matagajos mediterráneos y de galerías ripícolas, encontramos en la Sierra de San Pedro ejemplos de áreas bien conservadas, con varias de sus especies características aquí presentes, siendo que, en su generalidad, esta área revela una riqueza y diversidad enorme, tanto del punto de vista faunístico como florístico y paisajístico.

La Sierra de São Mamede, con cerca de 55.000 hectáreas, fue declarada Parque Natural en 1989. En torno a su localización geográfica presenta un conjunto de características geológicas y, en consecuencia, edáficas y climáticas, las cuales le confieren un carácter peculiar que se reflejan en la flora, cubierta vegetal y en la fauna. Los factores naturales, así como la ancestral y continua presencia de la acción del Hombre, que viene ejerciendo significativas modificaciones, contribuyeron en sinergia para lograr una notable diversidad de las especies y comunidades naturales y semi-naturales.



Peonías en flor.

Existe en el Parque de la Sierra de São Mamede una diversidad florística de cerca de 800 especies, que encuentran en este lugar condiciones ideales para su crecimiento y desarrollo. Las áreas con cubierta arbórea de alcornoque (*Quercus suber*) son predominantes, estando aún bien representado el cubierto de roble negral (*Quercus pyrenaica*). La encina (*Quercus rotundifolia*), que ocupaba una vasta área en los bordes de la sierra, actualmente tiene una existencia puntual, encontrándose restringida a espacios en los que las condiciones edafo-xerófitas lo permiten.

Se puede todavía identificar otros hábitats como varios tipos de matorral, vegetación rupícola (a veces en excelente estado de conservación), medios húmedos y herbáceas anuales y vivaces, vegetación rupícola en los frecuentes afloramientos rocosos (graníticos, cuarcíticos), manchas semi-naturales y explotaciones abandonadas, zonas de diversas antropogénicas (como olivares, castaños y sotos, pastizales, pinares, eucaliptales, etc.).

Esta variedad de biotopos asociados a los diversos tipos de hábitats, proporciona una gran riqueza



faunística. Asimismo, el área del Parque es de gran importancia a nivel ornitológico, habiendo sido inventariadas cerca de 150 especies, de las cuales 40 nidifican en el Parque. Podemos destacar con estado de conservación más desfavorable, el águila de bonelli (*Hieraaetus fasciatus*), la cigüeña negra (*Ciconia nigra*), el buitre leonado (*Gyps fulvus*), el colirrojo real (*Phoenicurus phoenicurus*), la collalba negra (*Oenanthe leucura*) y el buitre negro (*Aegypius monachus*), el cual aunque no nidifica en el Parque, existe en la región con alguna frecuencia.

A nivel de los mamíferos existe la presencia de especies como la nutria (*Lutra lutra*), el topillo de Cabrera (*Microtus cabreræ*), especie amenazada clasificada con el estatuto de "Rara", el gato montés (*Felis silvestris*), e importantes colonias de murciélagos. Existen numerosos anfibios y reptiles, siendo ésta la zona del país con mayor número de especies de este grupo de animales, encontrándose de las 17 especies de anfibios en todo el país, 14 en esta región. En lo que toca a los reptiles, en la zona de São Mamede se encuentran 20 de las 27 especies de herpetofauna continental portuguesa. Entre los anfibios y los reptiles destacan, el lagarto verdinegro (*Lacerta Shreiberi*), el sapo partero ibérico (*Alytes cisternasii*) y el tritón ibérico (*Triturus boscai*) una vez que son endemismos ibéricos. El Parque constituye un territorio relevante para dos especies de galápagos, galápagos europeo y galápagos leproso (*Emys orbicularis* e *Mauremys caspica*) que se encuentran amenazados en toda su área de distribución.

Existe una estrecha conexión entre el patrimonio natural de Sierra de San Pedro y de la Sierra de São Mamede, que se ha mantenido a lo largo de los tiempos y que continúa hasta el día de hoy, teniendo un papel fundamental en las dinámicas poblacionales de esta región transfronteriza. A tales dinámicas contribuyen los cambios genéticos que se verifican entre individuos de varias especies que se encuentran en ambos lados de la frontera, mas también, por ejemplo, la utilización del territorio portugués y de la Sierra de São Mamede como áreas de alimentación de ciertas especies que nidifican en la Sierra de San Pedro, así el buitre negro (*Aegypius monachus*) o como área de dispersión de jóvenes de otras, como el águila imperial ibérica (*Aquila adalberti*).

Las acciones llevadas a cabo por los gobiernos de los respectivos países, unidas a las medidas de conservación de organizaciones de defensa del medio ambiente, como Quercus y Adenex, y otras entidades, están ya dando sus frutos, sea a nivel de una mayor sensibilización de las poblaciones locales en lo que concierne a la necesidad de preservar para las generaciones futuras estos importantes recursos, pero también en la implantación de medidas efectivas que protejan de inmediato algunos de los valores más sensibles de la región. No obstante, será necesario no disminuir estos esfuerzos, para que la Sierra de San Pedro y la Sierra de São Mamede se afirmen cada vez más como un valor intrínseco en la región transfronteriza de Extremadura-Alentejo y sean considerados como un verdadero patrimonio ibérico que urge preservar y poner en valor. ●





Usos y costumbres tradicionales

Andrés Sánchez García

Asociación de Propietarios de la Sierra de San Pedro. ASIPE

Escribir de las explotaciones tradicionales en la Sierra de San Pedro nos resulta muy fácil a quienes hemos tenido el privilegio de pasar largos periodos de tiempo en algunas de las fincas que hoy integran la superficie de la ZIR conocida como Sierra de San Pedro.

Desde que tengo uso de razón, hace ya 60 años, los fines de semana y periodos vacacionales, salvo raras excepciones, he pasado en el campo, gran afición de mis padres, y por tanto nuestra residencia habitual en estos periodos de tiempo.

A nosotros nos gustaba mucho más vivir en el campo que en la ciudad, gozábamos de mayor libertad, teníamos muchos amigos con quienes jugar, pasear, pescar, cazar, etc., porque las fincas ocupaban entonces a mucha gente y vivían muchas familias en ellas.

Podíamos hacer excursiones en burro, a caballo, en bicicleta, etc; acompañar a los pastores, aprender a conducir carros de mulas, carretas de bueyes, ir a la sierra a por madroños, buscar criadillas de tierra, coger higos, tomates en la huerta y no aburrirnos nunca. De aquí

nuestra afición a observar las cosas, querer a los animales, sobre todo a los perros, caballos, ovejas y vacas, a las que aprendimos a ordeñar, cuidar, esquiluar, etcétera.

Ocurre además que cada vez que sabes una cosa siempre se siente la necesidad de seguir aprendiendo y profundizando, de manera que cuando tienes la respuesta a una pregunta te planteas la próxima. Así, en las distintas excursiones y paseos por el campo, te hacías las siguientes reflexiones: ¿por qué a las cabras se las ordeña dos veces al día? ¿por qué siempre las encuentras en sierras y jarales? ¿por qué las ovejas siempre pastan en sitios mejores y las vacas andan sueltas y van por donde les da la gana? ¿por qué el trigo y la cebada se siembran en las tierras más fértiles y la avena y el centeno en las zonas más desfavorecidas? Todas estas preguntas nos las contestaban los pastores, cabreros, vaqueros con quienes compartíamos gran parte de nuestro tiempo, y luego nos servían para esas mismas preguntas hacérselas a nuestros padres y llevarles la contraria cuando no coincidían, lo que nos divertía muchísimo.

Otro gran entretenimiento era acompañar a los podadores y ver cómo se podaba una encina para descargarla de ramas o cómo se limpiaba un alcornoque, al que había que quitar mucha menos leña para no hacerle daño y que pudiera seguir produciendo corcho y bellotas. Relacionado con todo esto estaba el aprovechamiento de la leña delgada para las chimeneas y cocinas de las casas, y la leña grande para los hornos de carbón vegetal, dedicando las taramas a la quema para la fabricación del picón, tan apreciado entonces para los braseros de las mesas camillas.

Muy emocionante, por el riesgo que comportaba, era la recogida de la miel en las colmenas, entonces fabricadas con corcho. Siempre había alguien a



La siega a mano.

Pág. anterior:
Noria tradicional de tracción animal.

quien le picaban y si tenías la suerte de que no te tocara la china te reías con los apuros de los demás.

¿Y los descorches?, levantarse al amanecer y ver y aprender a sacar el corcho y apilarlo, así como proceder a su peso en las antiguas balanzas, que debía producirse a los 8 días de cerradas las pilas, era estupendo porque en el desayuno te daban torreznos, sopa de tomates con higos que eran una auténtica delicia.

Aprendimos además a hacer cercas de pared, únicas posibles entonces, y pozos para abrevadero de ganado en las pilas de piedra o cemento que se hacían al lado.

A veces, paseando a caballo por las sierras, encontrábamos a unos señores llamados “jareros”, que cortaban jaras que se consumían como fuente energética en los antiguos hornos de cal hoy desaparecidos. Esta labor produjo durante muchos años una regeneración del monte bajo mucho más efectiva y cuidadosa que las que se efectuaban en las Sierras de Gredos o Montes de Toledo utilizando el fuego, porque estos



Perdigoneros.

territorios estaban prácticamente despoblados de encinar y alcornocal tan cuidados en nuestras zonas.

El colmo de la satisfacción era ir a los puertos a tirar palomas, labor que también se hacía en terrenos denominados “reservas” y que servían para rematar el engorde de los cochinos de montanera. Ver despertar la naturaleza en un aguardo de perdigón al alba o el anochecer en el de la tarde, era otro gran privilegio.

Naturalmente el mundo está en constante evolución, y sobre todo a partir de los años 60; en España se abren muchas más posibilidades, iniciándose un progreso que ocasionará mayor desarrollo industrial y de los servicios, con una paulatina pero continua despoblación del campo, en el que además, las gentes que quedan deben también prosperar y seguir elevando su nivel de vida. Esto hace que algunos trabajadores se dulcifiquen con otros medios técnicos; otros, como la fabricación de quesos de oveja y cabra, desaparezcan en función de una normativa sanitaria mucho más exigente y para la que no sirven las antiguas instalaciones.

Esta desaparición de las cabras dio lugar a que su sitio fuera ocupándolo poco a poco una población de cervuno, escasísima hace años, pero que hoy en fincas abiertas es tan abundante que en muchas de ellas se ha declarado la emergencia cinegética. En cualquier caso estas explotaciones de ganado caprino han sido sustituidas por las explotaciones cinegéticas de caza mayor, toda vez que la caza menor está prácticamente desaparecida por epidemias y abundancia excesiva de depredadores.

La limitación de mano de obra nos llevará necesariamente a prescindir de gentes dedicadas a vigilar el ganado, para que no pase a las fincas colindantes, y a



sustituir este trabajo por cercas de alambre que eviten la pérdida y denuncias del ganado escapado.

Será necesario además incrementar el número de cabezas que permitan abonar salarios actualizados y complementar con piensos adquiridos fuera de la explotación el ganado existente en la misma, porque la productividad de las tierras de estas fincas no permiten cosechas rentables, aunque se siguiese haciendo para el mantenimiento de la dehesa y los pastos. Para la permanencia de la población rural, ha sido necesario mejorar los caminos que permitan una mayor comodidad de los accesos al trabajo y a la escolarización de los hijos de los residentes. En definitiva, las explotaciones hoy existentes son las que tradicionalmente se han venido haciendo, dotadas con los medios técnicos actuales y sometidas a la modernización que impone la mejora del nivel de vida de quienes deben realizarlos.

Es por eso que cuando se nos dice que hay que conservar estos espacios porque merece la pena, nos sentimos orgullosos de haber sido protagonistas de esa consecución, a veces poco entendida por quienes querían una mayor sobreexplotación. Todo ello nos hizo constituir esta Asociación para seguir siendo protagonistas en la conservación de estos territorios, aunque naturalmente haciéndolo viable y compatible con el sostenimiento económico de los mismos.

No existen superficies en España de estas características, donde la compatibilidad del desarrollo económico y social y la conservación de los usos tradicionales se hayan simultaneado mejor que en la Sierra de San Pedro, de lo que nos sentimos muy orgullosos quienes, durante tantas generaciones, hemos colaborado a este fin. ●



Colmenas de corcho.





El corcho y el carbón vegetal

Ramón Santiago Beltrán

Doctor Ingeniero de Montes. IPROCOR

Hablar de **alcornocal** y **corcho** es hablar de la esencia misma de esta comarca extremeña: el alcornocal es con diferencia la agrupación vegetal más frecuente en Sierra de San Pedro, ya sea como monte alcornocal, o como dehesa, en ambos casos, frecuentemente en mezcla con encinares.

El alcornocal de Sierra de San Pedro produce en términos generales un corcho de excelente calidad, para muchos el mejor corcho del mundo, por sus especiales características que lo hacen idóneo para fabricar tapón natural, el producto estrella de la industria corchera.

En muchos pueblos de esta comarca han nacido, se han criado y han aprendido su oficio buena parte de los sacadores extremeños: Alcuéscar, Aliseda, Carmonita, Puebla de Obando, son lugares emblemáticos en este sentido.

Por otro lado, el grueso de la industria corchera extremeña está localizado en esta comarca, fundamentalmente en San Vicente de Alcántara, pero también en otros municipios como Alburquerque, Aliseda, Membrío y Salorino, y en pedanías como el Rincón de Ballesteros.

El **carbón vegetal** es otro de los aprovechamientos forestales de los montes de Sierra de San Pedro; leñas de alcornoque y encina alimentan las parvas tradicionales, que acabarán produciendo el carbón, carbonilla y picón que arderán en los cada vez más escasos braseros de carbón y con mayor frecuencia en barbacoas y otros nuevos usos.

El corcho

El corcho es la corteza del alcornoque (*Quercus suber* L.), una de las pocas especies arbóreas del planeta que sobrevive al descortezamiento. La corteza original del alcornoque se denomina **bornizo** y es el que se obtiene en el primer descorche, o desbornizamiento. El corcho que se obtiene en el segundo descorche se denomina **segundero**. El corcho procedente del tercer y sucesivos descortes se denomina **corcho fábrica**. Hay una categoría que engloba al corcho segundero y al corcho fábrica, y que se denomina corcho de reproducción.

El corcho se extrae del alcornoque mediante un procedimiento que tiene numerosas pautas regladas:

- Solo se extrae una parte del corcho del árbol, en primer lugar para evitarle un excesivo estrés fisiológico y en segundo lugar porque solo es interesante extraer el corcho con una calidad tecnológica adecuada.
- Se extrae exclusivamente el corcho, constituido por células muertas, respetando la capa madre, que está formada a su vez por cuatro capas, todas ellas de células vivas, siendo una de ellas, el felógeno, la responsable de la formación del corcho. Aunque esta delgadísima capa muere al poco del descorche, en el alcor-

noque tiene la virtud de regenerarse en pocos días y adquirir de nuevo la capacidad de producir corcho.

- Se extrae en una época del año muy concreta: desde finales de primavera, hasta la mitad del verano aproximadamente, que es cuando el corcho se da bien, es decir se puede extraer sin dañar las capas de células vivas del interior del árbol.
- Se extrae con una periodicidad determinada: entre dos descortes sucesivos transcurren al menos nueve años, y en determinadas regiones del área del alcornocal puede llegarse incluso a 15 años.

La saca tradicional se realiza fundamentalmente con la ayuda del hacha corchera, que es un hacha peculiar, adaptada al trabajo de descorche: el radio de curvatura del filo es más pequeño que el del hacha para madera; los extremos del filo son muy punzantes y se llaman gavilanes; y el mango es ligeramente curvo y acabado en bisel. Estas modificaciones le permiten al sacador realizar con precisión las diferentes operaciones de que consta el descorche: abrir y trazar, que consisten en realizar una serie de cortes verticales y horizontales sobre el corcho; ahuecar, que es golpear con la parte posterior del hacha en los cortes realizados previamente; dislocar, que es comenzar el desprendimiento de las planchas entre sí y de la capa madre; y separar, que es desprender completamente las planchas del árbol. Además del hacha se utiliza la burja, que es una palanca de madera que ayuda a descorchar las partes altas del árbol y a sacar las zapatas (corcho de la base del árbol); la escalera, una escala simple y ligera que sirve para trabajar en las partes altas del árbol; y la navaja de rajar, que sirve para cortar las planchas de corcho, y facilitar su transporte.

Pág. anterior:
Apilamiento de las sacas de corcho a pie de finca.





Una vez descorchados los árboles se procede al **desembosque** del corcho (rodear la corcha), mediante bestias o tractores, y, en los sitios más abruptos, a hombros de los sacadores. La práctica más habitual en Sierra de San Pedro es que el corcho se reúna en un lugar preparado al efecto, y se forme una pila que permanece durante 8 días intacta a fin de que el corcho se oree. Al cabo de este tiempo el corcho se pesa con ayuda de una cabria y una romana, antes de ser transportado a la industria preparadora.

Aunque poco a poco se va imponiendo el sistema métrico decimal, el mundo del corcho tiene sus propias unidades: la unidad de peso se denomina quintal castellano, que equivale aproximadamente a 46 kg. La unidad de calibre (espesor del corcho) se denomina línea, y equivale aproximadamente a 2,25 mm.

En los últimos años han salido al mercado varias herramientas automáticas para el descorche, que facilitan enormemente esta tarea; consisten en sierras mecánicas (en un caso motosierras y en otro sierras de calar) que regulan automáticamente la profundidad de corte en función del calibre del corcho, gracias a la diferencia de conductividad eléctrica entre la capa madre y el corcho, y permiten abrir y trazar sin daño para el árbol. El Instituto C.M.C.-IPROCOR ha desarrollado una serie de herramientas nuevas (MIJURO) que realizan el resto de operaciones del descorche (ahuecar, dislocar y separar) en óptimas condiciones.

En 2005, una amplia representación del sector del corcho elaboró el Código Internacional de Prácticas Suberícolas, un código voluntario que recoge una serie de recomendaciones para llevar a la práctica una Subericultura sostenible.

El **corcho fábrica** es un material de cualidades excepcionales, siendo las principales:

- Ligereza
- Elasticidad
- Impermeabilidad
- Amortiguador de impactos
- Aislante térmico
- Fácilmente manejable
- Atóxico
- Durable

Estas cualidades lo hacen idóneo para numerosos usos, entre los que destaca el tapamiento. Del corcho se obtienen los tapones naturales que son el mejor sistema de tapamiento de bebidas alcohólicas, especialmente vinos y espirituosos. También se utiliza en construcción (suelos decorativos y aislamientos), en la industria del automóvil (juntas de motores y elementos aislantes y acabado), en la industria de la moda (prendas de vestir y complementos), e incluso en la industria aeroespacial (aislamiento térmico y de impacto de los ingenios espaciales).

La industria del corcho se puede clasificar en dos grandes grupos: primera transformación, que se corresponde con la industria preparadora, y segunda transformación, que incluye el resto de industrias: taponera, granulados, aglomerados, y revestimientos.

La industria preparadora hace dos operaciones fundamentales con el corcho: **cocido** y **escogido**. El cocido se realiza en una caldera que suele ser de acero inoxidable y alimentada con leña, donde el corcho cuece durante una hora a una temperatura muy próxima a los 100 °C. El escogido es una clasificación que separa el corcho en unas nueve clases según el destino del corcho en las industrias de segunda transformación.

El escogido se realiza en dos fases: en primer lugar se separan los diferentes calibres de corcho (11 abajo; 11-13; 13-15; 15-19 y 19 arriba; las cifras indican las líneas); en segundo lugar se separan las clases de aspecto. El aspecto del corcho viene determinado por numerosos parámetros: porosidad, color, densidad, compresibilidad y alteraciones presentes. El aspecto se gradúa normalmente en 7 clases en función de la calidad de los tapones que se pueden obtener de una determinada plancha de corcho: 1ª-5ª, sextas (a veces se hace una séptima) y refugo.

Los tapones más apreciados son los tapones naturales de 24 mm de diámetro y se obtienen fundamentalmente de las clases 15-19, 5ª arriba y 13-15, 5ª arriba. Los de mejor calidad se suelen denominar “flor”.

El **refugo** es el corcho del que no se pueden obtener ni tapones de corcho ni discos naturales.

Una vez realizado el escogido, el corcho se agrupa en calidades homogéneas en paquetes de unos 90 kg denominados fardos. Estos fardos van a las industrias de segunda transformación, cuya principal industria de segunda transformación es la taponera; en ella se obtienen fundamentalmente los tapones de corcho natural. El proceso de fabricación de estos tapones es muy sencillo: en primer lugar las planchas se cortan en rebanadas de anchura algo mayor que la longitud de los tapones; en segundo lugar se perforan las rebanadas mediante una gubia cilíndrica, obteniendo así los tapones de corcho; en tercer lugar se liján y pulen cabezas y costados; en cuarto lugar se clasifican los tapones, agrupándolos por calidades homogéneas; y para finalizar se realiza el acabado del tapón que incluye el marcado, suavizado y embalaje.



La industria corchera ha realizado en los últimos años un esfuerzo enorme de modernización, sobre la base del Código Internacional de Prácticas Taponeras, un código de buenas prácticas que recoge la forma correcta de fabricar los tapones, para que al final del proceso tengan unas cualidades organolépticas óptimas; y de SYSTECODE, el sistema de acreditación de la calidad apoyado en éste Código, la industria ha adaptado sus instalaciones, y modificado y documentado sus procedimientos para fabricar el mejor sistema de tapamiento: el tapón de corcho.

El carbón vegetal

Su obtención empieza por la poda de encinas y alcornoques (aunque se desaconseja realizar podas de producción en este último, por ser sensible a las mismas y provocar en muchas ocasiones el ataque de plagas como el *Cerambyx* sp. y enfermedades que pueden llegar a producirle la muerte). Esta operación se realiza en pleno invierno, aprovechando la parada vegetativa para minimizar los daños en los árboles. Deben extremarse las precauciones, ya que se trata de una operación peligrosa para el trabajador que la efectúa, por realizarse con motosierras que exigen una capacitación y una adopción de medidas de seguridad adecuadas, y también para el árbol, por la posibilidad de que lo ataquen enfermedades y plagas (nunca se deben podar ramas de más de 18 cm de diámetro), o lo debilita una poda excesiva (nunca se debe cortar más de un tercio de la copa).

A la poda le sigue la operación de “rodeo” que es agrupar la leña en un cargadero para su transporte hasta el horno.

Hay hornos de tres tipos:

- Horno tradicional: también denominado **carbonera** o **parva**, que consiste básicamente en una pila de leña recubierta con tierra. Se utiliza para producir el carbón vegetal en el propio monte.
- Horno metálico: es un contenedor metálico portátil, que permite fabricar carbón vegetal también en el propio monte, con mejores rendimientos que la parva tradicional.
- Horno de ladrillo: es una estructura fija, con paredes de ladrillo y techo metálico, que obtiene mejores rendimientos aún que los hornos metálicos, y un carbón conforme a las normas de calidad.

En el caso del horno tradicional, después del rodeo se realiza el “**encañe**” que consiste en apilar ordenadamente la leña, para su correcta carbonización (la carbonización consiste en una combustión parcial, de la que resulta el carbón, un producto que suele tener del orden de un 80% de carbono). Se coloca en la parte inferior la leña más gruesa (normalmente procedente de troncos de árboles abatidos), luego leña sucesivamente más fina, para rematar con una capa de paja, que posteriormente se recubre con tierra. Se dejan una serie de troneras que actúan como chimeneas para permitir una ligera circulación del aire entre la leña durante la combustión.

A continuación se realiza la operación de **carboneo**, o combustión de la parva, que suele realizarse bien avanzada la primavera, o incluso en verano, por dos motivos: en primer lugar la leña tiene que estar suficientemente seca, y en segundo lugar el horno alcanza más fácilmente la temperatura necesaria para la carbonización. Esta operación puede durar entre 40 y



50 días, durante los cuales el carbonero está pendiente de la correcta combustión de la leña (el humo blanco es señal de que la combustión se está realizando adecuadamente), ni demasiado rápida, ni demasiado lenta. Transcurrido este tiempo, la carbonera se apaga, se deja enfriar y se extrae el carbón, que luego es cribado, clasificado y envasado para su comercialización.

El corcho y el carbón vegetal contribuyen notablemente con sus valores ecológicos, económicos y sociales al desarrollo de esta comarca extremeña, ayudando a conservar ecosistemas valiosísimos como son las dehesas y bosques mediterráneos que constituyen la esencia misma de la Sierra de San Pedro. ●



Corcho
apilado.

Tapones de
corcho.





La montería

Alonso Álvarez de Toledo y Urquijo

Marqués de Valdeuza

El ejercicio de la caza, en especial la caza mayor, es una actividad que a través de los siglos se viene desarrollando en las sierras y en las dehesas de la Sierra de San Pedro. Sus formas tradicionales son la montería, el aguardo y la ronda.

La ronda nació como consecuencia del daño que hacían los jabalíes en la huerta de los frailes franciscanos del Convento de Lauriana. Como vivían casi en exclusiva de los frutos que producía el huerto, se hicieron con unos perros con el fin de espantarlos por las noches. Como quiera que vieron que los perros cogían algunos cochinos, para allá que iban los buenos frailes armados de un buen cuchillo de cocina, para hacerse con el marrano y así poder añadir algo de carne a la medio vacía despensa.

La montería es una manera de cazar netamente española ó mejor dicho ibérica, ya que en Portugal también se practica. En Sierra de San Pedro ha sido una tradición, que se pierde su origen en el tiempo. El hecho que fuese el territorio donde monteó casi en exclusividad Antonio Covarsí, conocido como el Montero de Alpotreque, ha hecho que a través de los diversos libros que publicó, casi todo español aficionado a la montería esté familiarizado

con los parajes y sierras en donde Covarsí desarrollaba sus excursiones y correrías cinegéticas.

¿Quién no recuerda nombres como Alpotreque, Azagala, Los Leones, Matapegas, Campomacías y un largo etcétera, de fincas donde el Montero de Alpotreque practicaba su afición favorita, haciendo varias jornadas a caballo seguido de su recova compuesta ésta por perros ligeros como el podenco montijano, pesados como el mastín extremeño y de presa como el alano?

Compañeros de sus andanzas y también con sus propias recovas, fueron entre otros, Alonso y Agustín Grajera, Sancho Conejo de la Puebla de la Calzada; Eduardo Saavedra de San Vicente de Alcántara y Ventura Izquierdo de La Garovilla. Otro amigo y asiduo en sus cacerías fue Pedro Castillo. Mi antepasado el marqués de Portago, por entonces dueño del Castillo de Azagala y de varias de las fincas que en su día formaban la Encomienda del mismo nombre, también figura entre los compañeros de Covarsí. No hay que olvidar al cura Bejarano, caballero en su mula torda.

Posterior a la época de Antonio Covarsí, pero que en algunos casos habiendo cazado con él en sus últimos años, fue el de Antonio Cuéllar, originario de Alburquerque, que tenía su recova, en dicho pueblo. Hay que mencionar también entre otros a Fernando Gutiérrez Pombo con su recova en Herrerueta, al mando de Agustín Duque, quien tiene un nieto, Regino Carbonilla el cual se está recuperando en la actualidad de un percance a caballo ocasionado por el arranque de un venado, monteando con sus perros.

La palabra recova, equivalente a rehala en el resto de España, es exclusivamente extremeña y posiblemente se originó en la Sierra de San Pedro. El instrumento

utilizado por los podenqueros en esta sierra era, en lugar de la tradicional caracola, un silbato hecho con el ala de un buitre. La recova o rehala, es una parte fundamental de la montería; sin ella no existiría esta forma de caza, en la que los perros tienen un cometido esencial.

La montería es una manera de cazar que se ejercita entre varias personas o monteros. Éstos cubrirán los pasos de las reses o de los jabalíes, al ser movidos de sus encames en la mancha que se caza, por los perros de las recovas guiados por sus perreros ó podenqueros. Se trata por consiguiente de caza en equipo, donde lo importante es el resultado global más que el de cada montero en particular. Como la caza en general, la montería experimentó un auge muy importante a partir de la segunda mitad del siglo XX, auge que también ha llegado a la Sierra de San Pedro.

Conviene recordar que antes de que se produjera la expansión de las especies de caza mayor, había unas pocas manchas aisladas donde quedaba un escaso número de venados y jabalíes y que gracias al desvelo de sus propietarios, fue posible no se extinguieran. Hay que hacer mención especial a Don Miguel Angel Muguero en su finca Mercadores, y a la familia Garay en la encomienda de Clavería, ya que estas fueron realmente las fincas que muy meritoriamente mantuvieron la caza mayor en la Sierra de San Pedro.

Mi padre siempre recordaba que gracias a su amigo Miguel Ángel Muguero, le fue posible hacer su conocido coto en Azagala, por los años cincuenta del pasado siglo, en que las reses de Mercadores fueron buscando otros territorios y empezaron a tener cierta presencia en la finca de mi padre, el cual lo aprovechó inmediatamente. En pocos años y dedicándole mucha atención, lo convirtió en el gran coto

Pág. anterior:
"El montero de Alpotreque" de Adelardo Covarsí Yustas. Depósito del Museo del Prado al Museo de Bellas Artes de Badajoz.



El perrero reúne la recova tocando la caracola. El agarre del jabalí.



que luego ha sido, siendo uno de los pilares para la expansión de las especies de caza mayor a otras zonas de la Sierra de San Pedro.

Con el paso del tiempo las reses cervunas han experimentado una expansión impresionante, colonizando, y con altas densidades, la totalidad de la Sierra, permitiendo que se haya incrementado de forma notable el número de monterías. La abundancia de bellotas de encina y alcornoque que pueblan el territorio, ayudan a que tanto los jabalíes como los venados y otras especies, desarrollen unos trofeos sobresalientes.

Por motivos diferentes se han ido cercando para la caza, los cotos de caza mayor de nuestra sierra, muy especialmente para poder realizar una gestión cinegética acorde con los intereses de su titular, generalmente encaminada a mejorar la calidad de los trofeos, evitando tener un exceso poblacional que va en contra de la calidad de los mismos, al tiempo que puede suponer un deterioro medio ambiental nada aconsejable. Desgraciadamente, el exceso de reses en zonas abiertas avala lo que digo anteriormente, ocasionando daños a los propietarios de estos terrenos no cercados, al competir el ganado cervuno especialmente, con los ganados domésticos, en el aprovechamiento de los recursos que ofrece la naturaleza.



En el caso de las fincas cercadas, es frecuente que en ellas convivan las especies de caza con las domésticas, pero es decisión de sus gestores mantener el equilibrio que deseen entre unas y otras. A efectos de una buena gestión, tanto ganadera como cinegética ó medio ambiental, afirmo rotundamente que se puede hacer un trabajo buenísimo con independencia de la superficie cercada; es más, se puede hacer una excelente gestión en una finca de digamos 500 ha y, por el contrario, mala en una muy superior.

Obviamente los mejores trofeos suelen conseguirse en fincas cerradas en las que la gestión esté encaminada en muchas ocasiones a conseguir calidad. Para ello hay que tener la densidad adecuada, tanto de machos como de hembras y hacer caza selectiva para eliminar los individuos que puedan ser perjudiciales, al mismo tiempo que se controla la población, dejando, en el caso de los venados, los de mejor trofeo, que alcancen la edad de siete u ocho años, que es cuando consiguen el máximo desarrollo.

La manera de montar en nuestros días, difiere muy poco de la de tiempos pasados. Conceptualmente es igual, variando más que nada la colocación de los puestos y el transporte de las recovas, que se hace por medios mecánicos y no andando o en caballería.

Es muy importante al hablar de montería, ensalzar la que para muchos es su pieza reina, el jabalí, cochino ó guarro. Su capacidad de no ser visto entre el monte, su habilidad para escaparse de los perros o de hacer frente si es necesario, vendiendo cara su vida, hace las delicias del buen aficionado. La calidad del jabalí de nuestra sierra es excelente, teniendo el récord de España con 136,95 puntos CIC desde 1983, cazado por Tomás Higuero en San

Simón. Es muy difícil superar este récord. Además de este ejemplar único, en el escalafón de trofeos de jabalí hay un buen número de Sierra de San Pedro en los primeros lugares. El gran problema del jabalí es su gran sensibilidad a las enfermedades, lo que hace que cuando sube la población, es muy probable que aparezcan problemas sanitarios que produzcan mortandades, que diezmen el número de cochinos.

No ofrece duda que los terrenos tradicionalmente bien gestionados para la caza mayor en nuestra sierra, son al mismo tiempo los núcleos más importantes de las especies no cinegéticas, algunas tan relevantes como el águila imperial, buitre negro, cigüeña negra y un largo etcétera, que encuentran en los cotos de caza la tranquilidad que no existe en otras zonas.

La montería, por ser una manera de caza en equipo, moviliza mucha gente: monteros, perreros, guardas, cargueros, restauradores, hoteleros, etc... lo que hace que genere una riqueza económica muy importante, al mismo tiempo que fija la población rural. Como consecuencia de ello, todo esfuerzo encaminado a potenciar la montería, será una inversión que se verá bien remunerada, en beneficio de toda la comarca.

También es de justicia al hablar de la montería en la Sierra de San Pedro, recordar el impulso que supuso la aparición de sociedades cinegéticas (orgánicas) que organizan monterías, dando el valor económico que éstas suponen para los propietarios de los terrenos en que tienen lugar, incitando a los mismos y a otros propietarios a cuidar la caza. La pionera de estas organizaciones fue Sierra de San Pedro, S.A., liderada por el buen montero y gran amigo Luis Higuero, hoy continuada por sus hijos.

Para mostrar la importancia de la caza mayor en la Sierra de San Pedro, transcribo a continuación unos datos estadísticos que la avalan. El número de cotos de caza mayor es de 142, con una superficie total de 124.093 ha, tanto en Badajoz como en Cáceres. Hay 97 cotos abiertos y 45 cerrados; los primeros ocupan 82.873 ha y los segundos 41.220 ha.

Las monterías autorizadas en la temporada 2006/07 fueron 139 y 129 en la de 2007/08. El total de capturas en la temporada 2007/08 fue de 6.842, de

las que 3.031 fueron venados, 2.382 ciervas y crías, y 1.126 jabalíes; el resto gamos y muflones.

Es evidente que en los momentos que vivimos, en los que la ganadería de nuestras dehesas no está en su mejor situación, contar con un ingreso económico cinegético como es la montería, es un apoyo más para el mantenimiento de estos territorios privilegiados que configuran la Sierra de San Pedro, máxime teniendo en cuenta que la caza sostenible es un aprovechamiento absolutamente respetuoso con el medio ambiente y necesario para su mantenimiento. ●



Traslado de monteros a los puestos.



El jabalí en la mancha.





La trashumancia

Jesús Garzón Heydt

Naturalista. Asociación Concejo de la Mesta

El saneamiento ganadero ha arruinado a muchos pastores. No ha tenido respeto por nosotros y por nuestras tradiciones, y menos por la trashumancia. Cuando se den cuenta ya será demasiado tarde. Nosotros moriremos pero la trashumancia no.

Un saludo para todos los pastores de España.

Ernest Sitges i Camps

Pastor del Alt Berguedá (Cataluña)

La trashumancia es el desplazamiento estacional de los ganados, que en primavera ascienden hacia las montañas cuando se secan los pastos y el agua en las zonas bajas, regresando en otoño hacia los valles cuando las nevadas cubren las cumbres. Estos recorridos, de hasta 600 y 800 km, se realizan con los animales andando lentamente, “al paso de una mujer hilando”, para que pasten y se repongan mientras caminan. Los rebaños de ovejas y cabras avanzan así entre 15 y 20 km al día, y las manadas de vacas y yeguas unos 30

km diarios. Los viajes “a extremos” suelen prolongarse durante 4 ó 5 semanas, algo más durante la bajada de otoño por ser los días más cortos.

Los rebaños trashumantes tradicionales eran de unas 1.200 ovejas o de 300 vacas, precisando para su manejo un equipo mínimo de cinco personas: una delante guiando y parando al ganado, dos en los flancos para evitar que los animales provoquen daños en los cultivos colindantes, y otra a la zaga cuidando de que no se retrase o extravíe ninguna cabeza. La quinta persona es la encargada de reconocer el terreno para prevenir posibles dificultades y de realizar las compras necesarias para el viaje. Hasta principios del siglo XIX, cinco millones de cabezas con 25.000 pastores y otros tantos perros mastines, atravesaban así España dos veces al año por las cañadas. Actualmente, los rebaños suelen ser de unas 3.000 ovejas y las vacadas de unas 600, también con cinco personas, con apoyo de un vehículo todo terreno y la gran ayuda de los teléfonos móviles y de la Guardia Civil para atravesar cruces conflictivos.

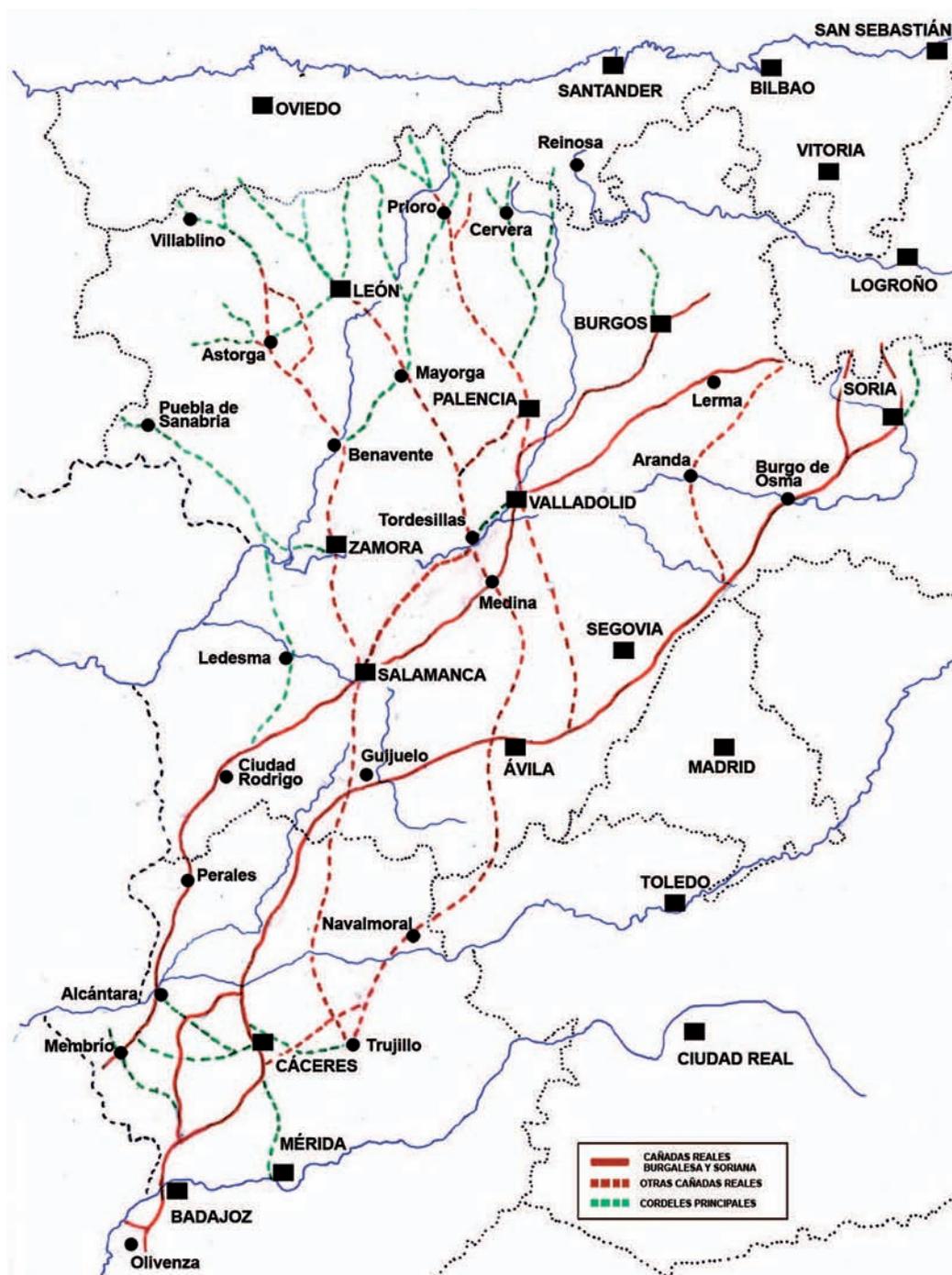
Los itinerarios trashumantes han permanecido invariables prácticamente desde hace millones de años, pues los pasos obligados por los vados de los ríos y los puertos de las montañas ya eran utilizados por las manadas de grandes herbívoros salvajes durante sus migraciones. Durante casi 800.000 años, los primeros extremeños que habitaron las cuevas de Maltravieso y de Santa Ana, a ambos lados de la actual cañada de Sancha Brava, convivieron con las manadas de elefantes y de rinocerontes, de toros y de caballos, cazándolos durante sus migraciones entre los valles del Tajo y del Guadiana. Tras la domesticación neolítica, los pastores continuaron estos desplazamientos periódicos con sus ganados, manteniendo así hasta nuestros días la trashumancia ibérica, una de las culturas más antiguas del mundo.

Antecedentes

En los albores del IV Milenio floreció en la Sierra de San Pedro una sociedad pastoril aristocrática, hábil con el arco, en el manejo de grandes piedras y en la selección de las encinas con más dulces bellotas. Para honrar a sus difuntos alzaron monumentales dólmenes y sepulcros de corredor, delimitando con menhires los pastos de sus ganados, situados durante el verano en las lejanas parameras y montañas del norte. Hasta allí aportaron también las nuevas técnicas de la domesticación, la cerámica y sus monumentos funerarios, estableciendo alianzas y vínculos de amistad con los otros pueblos peninsulares. La pujanza de esta cultura megalítica fue tal que perduró durante más de dos mil años, extendiéndose desde el suroeste de nuestra península por la mayor parte de Europa.

Una parte importante de la historia de España y de Europa se ha desarrollado desde entonces a través de la Sierra de San Pedro. Setecientos años antes de Cristo, las sendas de los pastores comenzaron a ser utilizadas por los mercaderes fenicios, en su búsqueda del valioso estaño para fundir bronce. Ellos hicieron de la Vía de la Plata, entre Cádiz y Gijón, el eje comercial más importante de Occidente. En las humildes chozas de los pastores brillaron las joyas de oro, y tesoros espléndidos como los hallados en Aliseda y en Sagrajas, evocan el arte de los orfebres y el refinamiento de las damas de aquellos tiempos. Nuestros pastores fueron aliados de Cartago en su legendaria ofensiva contra Roma a través de los Pirineos y los Alpes: el gran caudillo Aníbal cruzó la sierra en la primavera del 221, reclutando guerreros con promesas de grandes riquezas “si abandonaban su vida errante detrás de

Pág. anterior:
Embarque de ovejas trashumantes
en Herreruela.



los ganados”. Posteriormente, entre los años 147 y 139, el pastor Viriato dirigió sus victoriosas campañas contra las legiones romanas desde las cañadas de la Sierra de San Pedro.

El protagonismo de Mérida durante las épocas romana, visigoda e islámica mantuvo el continuo trasiego de comerciantes y guerreros, de peregrinos y pastores por los caminos de la sierra. Bulas obispaes autorizaron a los trashumantes a invernar en los reinos de moros y, tras el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago a principios del siglo IX, multitudes de mozárabes de Al Andalus atestaron estos caminos para visitar Compostela, haciéndola así famosa en el resto de Europa. Las campanas de su catedral atravesarían luego la sierra el año 997, transportadas hasta Córdoba a hombros de cautivos leoneses tras la destrucción de la ciudad por Almanzor. En 1086, un orgulloso Alfonso VI cabalgó al frente de sus mesnadas por la cañada de Azagala (Zalaca) para reconquistar Badajoz pero, derrotado el 23 de octubre a orillas del Gévora, hubo de retirarse herido hacia Coria mientras los clérigos almorávides llamaban a la oración encaramados sobre los montones de cabezas cristianas.

En 1273, ante los crecientes privilegios de nobles, ciudades y monasterios que entorpecían sus desplazamientos, los pastores trashumantes hermanados en el Concejo de la Mesta obtuvieron del rey Alfonso X “el

Sabio” el reconocimiento de sus derechos inmemoriales “para andar salvos y seguros con sus ganados por todas las partes de sus reinos, respetando las cinco cosas vedadas: panes, viñas, huertas, dehesas y prados de guadaña”. Lograron así favorecer el comercio y la industria entre el norte y el sur de España, así como las exportaciones a los restantes países europeos, influyendo decisivamente en la unidad de lengua, de pesos y medidas y en la eliminación de las fronteras de los antiguos reinos medievales, fomentando el desarrollo de otros gremios como los carreteros, navieros, mercaderes y pañeros.

Se estableció entonces la anchura de las cañadas en 90 varas (75 metros), con cordeles de 37,5 m y veredas de 20 m, que con las coladas, descansaderos y abrevaderos constituyen la actual red nacional de vías pecuarias. Son bienes de dominio público, inalienables, inembargables e imprescriptibles, de los que aún se conservan más de 125.000 km, con más 400.000 ha de superficie, el 1% de todo el territorio nacional. Este extraordinario patrimonio comunica entre sí todas las regiones de España, a disposición de los ganaderos trashumantes que precisen utilizarlo.

La trashumancia en la Sierra de San Pedro

La importancia que desde siempre ha tenido la sierra de San Pedro para la trashumancia se evidencia por la densa red de cañadas y cordeles, veredas y coladas, que aún enlazan los riberos del Tajo con las vegas del Guadiana (Fig. pág. 323). Muchos de los actuales municipios fueron en su origen aldeas de pastores, con nombres tan representativos como Santiago de los Vaqueros, actualmente Santiago de Alcántara. El territorio se distribuyó en “millares”, de unas 500 hectáreas de exten-

sión, capaces para mantener mil ovejas trashumantes desde finales de octubre hasta finales de abril. Nombres de dehesas como El Millarón o los Cinco Millares han perdurado hasta nuestros días. Azagala, la famosa encomienda de la Orden de Alcántara, llegó a tener hasta 17 millares. En 1783, la relación de pastos de invierno de la Cabaña Trashumante aún enumera la presencia en Azagala de 10.000 ovejas merinas, además de 3.000 puercos de montanera, 1.500 vacas y 400 yeguas.

La principal vía pecuaria que atraviesa la sierra es la **cañada real Soriana Occidental**, que une los pasos fronterizos de Badajoz y de Olivenza con las montañas de Urbión, en los confines de las provincias de Burgos, Soria y La Rioja. Su longitud supera los 700 km, que los pastores tardan en recorrer unas cinco semanas. Desde Valverde de Leganés atraviesa el río Guadiana por la ciudad de Badajoz y tras cruzar el río Gévora, se bifurca en Villar del Rey en dos ramales: uno se dirige hacia el norte con el nombre de **cañada real de Azagala**, y el otro hacia el noreste por la llamada **cañada real de Sancha Brava**.

La **cañada real de Azagala**, tras atravesar las espectaculares portillas del Águila y de Alpotreque, bordea la rivera del Zapatón, ahora cola del embalse de Peña del Águila. Aquí arranca hacia poniente el **cordel de Piedrabuena**, que tras pasar junto al castillo de este nombre permite alcanzar Carbajo, Santiago, Herrera de Alcántara y Cedillo, en la raya de Portugal. Esta cañada cruza en la dehesa de Cantillana el **cordel de Aliseda**, una arteria fundamental para la comunicación ganadera de toda la vertiente norte de la sierra, pues enlaza la ciudad de Cáceres y su denso sistema cañariego, con Malpartida, Aliseda, Herrerueta, Salorino y Membrío, donde se une con la **cañada Real Burgalesa**.



Vacas trashumantes.

Vadea luego el río Salor y avanza por los magníficos campos de Brozas, famosos entre los ganaderos de toda España por sus ovejas, sus corderos y la calidad de su lana. La monumental villa de Brozas, con renombrados herreros por su habilidad para forjar ganchos, carlancas y hierros para marcar los ganados, es un importante nudo de vías pecuarias: aquí enlazan la **cañada real de Azagala** con la de la **Sierra de Gata** a través de la **vereda de Alcántara**, mientras el **cordel de Arroyo de la Luz** conduce hacia esta

localidad y hacia Malpartida y Cáceres. La **cañada real de Azagala** continúa por Navas del Madroño y Garrovillas hasta la estación de La Perala y los puentes del Almonte y del Tajo sobre el embalse de Alcántara.

El ramal oriental, entre Badajoz y Cáceres, recibe el nombre de **cañada real de Sancha Brava**. Tras rebasar Villar del Rey y la Puebla de Obando, franquea el río Ayuela y cruza Valdesalor para llegar al Calerizo, donde se abren las famosas cuevas de Santa Ana y Maltravieso, con



Ovejas trashumantes.

sus importantes yacimientos paleolíticos. Ganaderos y ganados deben internarse luego en el laberinto urbano de carreteras, glorietas y avenidas de Cáceres capital, pero donde también confluye una importante red de vías pecuarias, como las **cañadas de la Puente Mocha y la de Trujillo**, que comunican hacia levante con las **cañadas reales Leonesa Occidental y de La Plata**.

Desde Cáceres, con la denominación de **cañada real de El Casar**, continúa hacia el norte para

pasar junto a esta localidad, famosa por la calidad de sus tortas de oveja merina trashumante y la habilidad de sus curtidores de pieles, con hermosas charcas para abrevar el ganado. Pasa luego frente a la estación de ferrocarril de La Peral, que con sus grandes corrales y embarcaderos constituía el lugar favorito de embarque para los ganaderos trashumantes del noroeste extremeño. Tras unirse aquí con el ramal occidental procedente de Garrovillas, atraviesa el embalse de Alcántara por los puentes de Alconétar, difícil travesía

por viaductos interminables bordeados de ásperas pizarreras, algo aliviada ahora al haberse desviado parte del intenso tráfico de la N-630 por la nueva autovía A-66, Ruta de la Plata.

Continúa por Cañaverol, Holguera, Riolobos y Galisteo, donde cruza el Jerte junto al hermosa muralla almohade, hacia Valdeobispo y los restos monumentales de la mansión romana de Caparra. Tras pasar Zarza de Granadilla, abandona Extremadura por el puerto real de Abadía, bordeando luego toda la vertiente norte del Sistema Central, por Montemayor, Guijuelo, Ávila, Segovia, Riaza, Ayllón y el Burgo de Osma para bifurcarse cerca de Catalañazor en dos ramales principales: uno se dirige al norte, hacia el puerto de Santa Inés y Las Viniegras de La Rioja, y el otro continúa hacia levante hasta cruzar la ciudad de Soria, remontando luego la sierra hacia los puertos de Piqueras y de Oncala, en los confines de Castilla con La Rioja y Aragón.

La otra gran cañada de la comarca es la **Real Burgalesa**, que nace junto a la frontera portuguesa, en Valencia de Alcántara, dirigiéndose luego por Membrío hacia el norte para cruzar el Tajo por el monumental puente de Alcántara. Tras bordear Piedras Albas y atravesar Zarza la Mayor, Vegaviana y Perales del Puerto, abandona Extremadura por el puerto de Perosín. Desde aquí, por Peñaparda, Fuenteguinaldo, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Medina del Campo, Valladolid y Lerma, alcanza las estribaciones de la Sierra de la Demanda, distribuyendo por diferentes ramales hacia Tolbaños, Neila y Barbadillo del Pez, en la confluencia de las montañas burgalesas, riojanas y sorianas.

Hay que resaltar que estas dos cañadas, la **Burgalesa y la Soriana Occidental**, son las únicas

que atraviesan España en sentido suroeste-noreste, comunicando entre sí las restantes cañadas reales, que discurren fundamentalmente en sentido norte-sur. Esto hace que estas dos cañadas extremeñas sean fundamentales para permitir utilizar a los ganaderos el conjunto de la red nacional de vías pecuarias en función de sus necesidades. En la Figura (pág. 323) se representa esta compleja red, que desde las montañas de todo el norte peninsular convergen en la sierra de San Pedro.

La trashumancia en tren

A finales del siglo XIX se completó el trazado del ferrocarril en dos ejes fundamentales para la ganadería trashumante de la sierra: Valencia de Alcántara-Cáceres-Soria y Cáceres-Salamanca-Astorga. Los ganaderos modestos primero y los grandes propietarios después, aprovecharon este moderno medio de transporte para trasladar así sus ganados rápidamente, cubriendo en pocos días trayectos que hasta entonces duraban más de un mes. Esto supuso una verdadera revolución para los pastores, que se evitaban así las penosas jornadas por las cañadas, aguantando fríos y calores, lluvias y tormentas, enfrentados permanentemente a los abusos de labradores, guardas y alguaciles. Las consecuencias negativas para la conservación de las dehesas, los pastizales y la fauna, que tiene el sobrepastoreo durante los meses de mayo y junio, tardarían un siglo en reconocerse.

Las principales estaciones de la Sierra, Aliseda, Herreruela y Valencia de Alcántara, nunca dispusieron de embarcaderos para que el ganado pudiera acceder con facilidad a los vagones. Por ello, muchos ganaderos preferían trasladarse andando por las cañadas hasta la estación de La Perala, entre Garrovillas y El Casar de

Cáceres. Sus amplios corrales, con burladeros graníticos para manejar incluso ganado bravo, y con muelles bien diseñados que permitían la rápida distribución de las ovejas por los diferentes pisos de los vagones, concentraron durante la última década del siglo pasado más del 60% de todo el ganado cacereño transportado en ferrocarril, unas 20.000 cabezas anuales.

Cada vagón de tres pisos tenía capacidad para algo más de 300 ovejas, por lo que cuatro vagones bastaban para trasladar un rebaño tradicional de 1.200 ovejas, con algunas cabras y sus perros mastines. Cada tren debía constar al menos de diez vagones (3.200 ovejas), por lo que habitualmente era necesario que tres o cuatro ganaderos se pusieran de acuerdo para viajar juntos, colaborando en las labores de embarque. En un vagón cerrado se trasladaban los pastores con su impedimenta, los perros carea, las gallinas y las caballerías. El ganado vacuno se embarcaba en vagones de un solo piso, con capacidad para 20 animales adultos. A mediados de la década de 1990, RENFE suprimió definitivamente este servicio a los ganaderos por sus muchas críticas al estado deficiente de los vagones, a los retrasos que provocaban la mortandad de animales, por el progresivo desmantelamiento de las estaciones rurales y la creciente competencia de los camiones. Al permitir el transporte del ganado directamente desde la finca de origen hasta la de destino, los camiones acabaron con los últimos vestigios de aquellas trashumancias tumultuosas, que cada primavera y cada otoño saturaban durante algunos días las cañadas y cordeles de la sierra con miles de cabezas, arreadas hacia las estaciones de embarque.

El origen o destino estival de los ganados invernales en la Sierra de San Pedro comprende la mayor parte del cuadrante noroccidental de España, agrupándose en tres comarcas principales: las Sierras de la

Demanda, Neila y Urbión, en las provincias de Burgos, Soria y La Rioja. Hasta allí han subido hasta hace tan solo dos temporadas los hermanos Desiderio y José Antonio Serrano, de Tolbaños de Arriba, tras pasar el invierno en Membrío a orillas del Salor.

Los últimos trashumantes

La **cañada de Sancha Brava** es la única que aún se utiliza de forma regular gracias al empeño y a la afición de un gran ganadero, don Alonso Álvarez de Toledo, Marqués de Valdueza. Cada primavera, al mediar junio, cabalga al frente de sus trescientas espléndidas vacas avileñas para recorrer en doce jornadas los 360 km de distancia que separan su dehesa de invierno, Azagala, de los pastos de verano de La Canaleja, en la Sierra de Gredos. Atravesando el corazón de la sierra por Villar del Rey, la Puebla de Obando y El Gaitán hasta Valdesalor, continúa desde aquí por la **cañada Real de Trujillo** y el **cordel de la Puente Mocha** hasta atravesar la **cañada Real de la Plata**, en las proximidades del cortijo de Doña Catalina, enlazando finalmente con la **cañada Real Leonesa Occidental**, junto al puente sobre el río Almonte.

Dando vista a Jaraicejo, esta cañada conduce ya directamente hasta la Sierra de Gredos, tras una semana más de caminar. El último tramo discurre sobre el empedrado de la calzada romana, donde el ganado debe serpentear espectacularmente entre piornales por el sinuoso

Pastores de Salorino preparan la partida.





trazado hasta alcanzar las jugosas praderías de la cumbre. Una jornada más por cordeles y veredas, espantando los soberbios machos monteses que aquí abundan, permite alcanzar luego con los diferentes pastos de verano.

Parecido itinerario seguía hasta hace pocos años don Alejandro de la Losa con su millar y medio de ovejas merinas, desde las dehesas de invernada en la Sierra de San Pedro hasta los pastos de verano de su pueblo natal, Vadillo, junto al puerto abulense de Villatoro, orlado por los verracos vetones de la Edad del Bronce. Su orgullosa presencia al frente del rebaño, que nunca embarcó en tren o en camiones, era familiar en estas cañadas, acompañado a la zaga por su hijo Julio, que ha continuado la tradición familiar trashumando ahora entre Ávila y Madrid.

Otras ganaderías de Valencia de Alcántara, Brozas, Cáceres y Badajoz, que totalizan casi otro millar de vacas avileñas, utilizan también las diferentes vías pecuarias del norte de Extremadura para converger en el puerto del Pico a finales de junio. Desde las dehesas de Badajoz, de San Vicente de Alcántara y de Cáceres, 600 vacas más suben también hacia los pastizales de verano abulenses, tras coronar el puerto de Tornavacas por el **cordel del Jerte**. Aunque cada vez más esporádicamente, también los puertos de Béjar, de Abadía y de Perales son utilizados por vacas y ovejas para acceder a los pastos y espigaderos de Salamanca, mientras las pastorías de cabras que aún se desplazan por estas cañadas suelen permanecer durante el verano en la vertiente cacereña, aprovechando los montes de Cabezabellosa y de Hervás.

Los últimos censos de referencia sobre los movimientos trashumantes de la sierra se remontan a la última década del siglo pasado, pues el azote poste-

rior de nuevas epidemias propagadas por el pernicioso manejo de la ganadería intensiva, que ha difundido enfermedades como la de las vacas locas, la brucelosis o la tuberculosis, y más recientemente la lengua azul, ligada al cambio climático, ha desencadenado una verdadera histeria sanitaria que dificulta enormemente los desplazamientos trashumantes, acabando con numerosas ganaderías de alto valor genético, ecológico y cultural y arruinando a sus propietarios. Los sentidos comentarios de Ernest Sitges que encabezan este artículo creemos que reflejan inmejorablemente la opinión generalizada de muchos ganaderos españoles.

TRASHUMANCIAS EN 1993 DESDE LA SIERRA DE SAN PEDRO

| ORIGEN | VACAS | OVEJAS | CABRAS | DESTINO |
|--------------------------|-------|--------|--------|-----------------------------|
| Alburquerque | 923 | | | Ávila, Salamanca, Cantabria |
| Alcuéscar | 110 | | | Ávila |
| Aldea del Cano | 80 | | | Ávila |
| Aljucén | 189 | | | Ávila, Salamanca |
| Arroyomolinos | 130 | | | Zamora |
| Badajoz | 342 | | | Ávila |
| Casas de Don Antonio | 54 | | | Ávila, Salamanca, Cantabria |
| Herrera | 1.260 | | | Burgos |
| Herreruela | 324 | 2.700 | 20 | Palencia |
| Membrío | | 1.332 | 260 | Burgos, Soria |
| La Roca de la Sierra | 175 | | | Zamora |
| Salorino | 75 | 6.860 | 14 | Burgos, Palencia |
| Santiago de Alcántara | 164 | | | Cantabria, Segovia |
| San Vicente de Alcántara | 185 | 270 | | Ávila, Salamanca, Segovia |
| Valencia de Alcántara | 841 | 1.420 | 80 | Ávila, Salamanca, Segovia |
| Puebla de Obando | 310 | | | Ávila |
| Aliseda | | 950 | 17 | Ávila |

Los pastores de Salorino y de Herreruela

Aunque buena parte de los ganaderos trashumantes que invernan en Extremadura son de origen serrano o montañés, y regresan por tanto a sus pueblos durante los meses del verano, en la Sierra de San Pedro encontramos una muy notable excepción en los pueblos de Herreruela y de Salorino. De aquí procedían los pastores que, durante muchas décadas, guardaron los rebaños que pastaban durante el verano en las montañas palentinas y cántabras de San Cebrián de Mudá, Los Redondos, Brañosera, Polentinos, Herreruela de la Castillería y el Alto Campoo, en las fuentes del Ebro, del Carrión y del Pisuerga. Hay que considerar el tremendo contraste de los grandes calores y la sequía de Extremadura a mediados de junio con las nieblas, lluvias e incluso nevadas que estas personas debían afrontar a su llegada a las cumbres cantábricas, conviviendo con osos y con lobos, acompañados por los vaqueros de tudancas y los yegüeros que, en sentido inverso suben a estos puertos desde el norte, de los valles bañados por el mar.

Sirvan estas líneas de respetuoso homenaje a los pastores de la Sierra de San Pedro que durante tantos años pasaron los veranos en las montañas cantábricas.

Aún a riesgo de olvidar a muchos de ellos, y de desconocer sus apellidos, no quiero dejar de mencionar al mayoral Andrés y a Lucio, Francisco, Teodoro, Cirilo y Benigno. Joaquín compartió incluso la majada de Pidruecos con su mujer y sus cuatro hijos, padeciendo en el otoño una tremenda nevada que les obligó a refugiarse en el pueblo de Entrambasaguas. Vicente, Claudio, Higinio y Antonio convivían durante el verano en las cumbres de Herreruela de la Castillería, defendidos nada menos que por 15 perros debido a la abundancia de lobos y de osos en estos montes, y soportando durante meses el tamborileo de lluvia y granizo sobre el infame refugio de chapa de aquel puerto.

Todos ellos dejaron muy alto el pabellón extremeño tan lejos de su tierra. La gente montañesa aún les recuerda con nostalgia y con afecto, inspirando a algunos trovadores, como José Manuel Cuesta, el cartero de Cabuérniga, versos como los siguientes:

*Todos van reivindicando esas antiguas cañadas
pa que la oveja merina pueda hacer su trashumancia.
Qué antiguos son los derechos que hoy quieren arrebatarlas
cerrándoles los caminos que cruzaban toda España.
Viva la oveja merina, viva la vaca tudanca,
y vivan los ganaderos que aún hacen la trashumancia. ●*



Vivencias de un agente forestal

Antonio Gutiérrez Sánchez

Agente forestal

Desde el Mirador de Rincón Alto, en el corazón de Sierra de San Pedro, sentado sobre las rocas que, a modo de atalaya natural, se asoman sobre el Austro de la cordillera, y mientras el viento frío de esta primavera del 2009, que no acaba de cuajar, me acaricia el rostro, pienso en el pasado de un agente forestal que lleva más de veinte años siendo custodio de sus bienes naturales.

Sí, me siento agraciado con esta profesión, pero, más si cabe, un privilegiado por haber servido durante tantos años en esta comarca. Ser guardián y vigilante de su fauna, su flora y su suelo, y a la vez considerarme amigo y compañero de todas ellas, incluso de muchos seres humanos que igualmente son favorecidos por habitarla, es una gracia de la que pocos amantes de la naturaleza pueden presumir.

Contemplar extasiado al águila imperial mientras que, en sus vuelos de cortejo, consigue reafianzar los lazos de unión con su pareja; escuchar admirado la berrea del venado consolidando su territorio y su harén; observar cómo la madre naturaleza verdea las encinas y alcornoques o blanquea las manchas de jara con su lujosa floración primaveral, es sentirse



Pág. anterior:
Ejemplar juvenil de halcón
peregrino en vuelo.



Agentes forestales
en servicio.

siempre muy afortunado. En la eterna convivencia entre hombre y natura, somos árbitro y consejero a la vez. Y en todo este tiempo de vivencias en Sierra de San Pedro, he sido altamente beneficiado con la enseñanza diaria de la naturaleza, pero también del hombre que la habita en una simbiosis ininterrumpida.

Miro el horizonte y, desde este otero que domina el sur de la Sierra, contemplo a lo lejos el castillo de Luna y más al este el de Azagala, y entiendo entonces

que también existe una historia dentro de la comarca que vigilo... y que, junto con sus nativos, nosotros, sus guardianes, quizá también llegaremos a dejar nuestra impronta sobre la sierra.

Dirijo mi vista entonces al valle de Las Judías, donde vagó la última manada de lobos de Sierra de San Pedro. Mis pensamientos aproximan recuerdos y nostalgias de tiempos pasados, cuando uno de los seres naturales más viejos de la sierra aullaba en sus bosques y

manchas. Un ancestral compañero, un ser querido que desapareció poco a poco, casi sin decir adiós. O quizá fuéramos nosotros quienes no supimos escuchar su grito desesperado de despedida. Me siento entonces apenado por esta remembranza, y descanso mi vista sobre el valle sin poder apartarme de tan tristes pensamientos.

Dos agentes fuimos testigos de ese adiós: la patrulla móvil Badajoz Norte, como se nos denominaba, que, desde siempre, vivió encuentros y desencuentros con Sierra de San Pedro; y entonces recuerdo al compañero Sabas Molina, Jefe de Zona, a mi lado en el 4L o “estronchando” jaras por la sierra, e igualmente me trae añoranzas del pasado...

“Cada vez quedan menos. ¿No lo notas, Antonio?”; tal me decía el compañero muchas noches de servicio, ya a finales de los 80, mientras que refugiados en el 4L u ocultos en algún morrón, vigilábamos luces o movimientos furtivos en la sierra.

Era cierto, los aullidos sonaban más retirados, más pausados, a veces ya inexistentes.

“Cierto, Sabas. Ya no se escuchan en Rincón Alto de Azagala, ni en Pajonales, ni en Valdueza”; recuerdo que le contestaba.

Impotentes, a pesar de nuestra persistencia por evitarlo, observábamos que nos íbamos quedando sin uno de los sonidos más significativos de las noches de Sierra de San Pedro.

Alimoche y buitre leonado.





El reclamo de un macho de águila imperial me saca ahora de mis pensamientos, miro el firmamento buscando su vuelo y recuerdo que no todo son ausencias, pues, en este caso, conseguimos salvar al “albi-hombros” de una extinción segura a base de proteger sus nidos y dar de comer a sus pollos, ante la desaparición del conejo de sus territorios de caza.

Aportes de conejos a los nidos y cazaderos, cercados de alimentación de imperiales, corrales e incubadoras en Pajonales para criar gallinas y dar compensación a los guardas y caseros de las fincas por los daños que les causaban los grandes alados de Sierra de San Pedro. Un esfuerzo recompensado con casi el doble de parejas habitando ahora la Sierra.

“¡Antonio, han cogido el conejo!”; me decía a través de la emisora y ostensiblemente emocionado, a mediados de los 90, mi compañero Juan Panadero, de la zona norte de la sierra, cuando la primera imperial atrapaba el aporte que hacíamos en su cazadero. Era una gran noticia, pues dudábamos de que pudieran depredar sobre presas muertas, tan aquerenciadas a las que ellas mismas mataban.

Sí, hay méritos que, aunque no hagan olvidar los fracasos, te hacen pensar en lo meritorio de tu oficio a pesar de algunas amarguras.

Miro hacia el lejano Cancho del Búho y me hace evocar tantas noches de guardia en Sierra de San Pedro, en sus umbrías y solanas, en sus crestas y valles, contemplando y admirando la otra dimensión de aquel espacio que se engalana con otra luz, la de la oscuridad, mientras que el canto del búho real y del cárabo nos abstraen a su medio, al otro lado del espejo, al silencio de la noche... aunque, sabiendo nuestro

oficio, nos encontremos alertas ante un luceo no previsto en la oscuridad, o un tiro agrandado en el silencio de las sombras.

Pero eso no nos evitaba que, de vez en cuando, al ser alumbrados por los faros del coche, por la linterna o por la luna, unos luceros nos descubrieran que no estábamos solos, que había una jineta, que, saltando de alcornoque en alcornoque, intentaba desaparecer, o que una cierva seguida de su gabato procuraba pasar desapercibida entre la mancha.

Contemplo entonces de nuevo el valle, y descubro el cortijo de la finca, así como otros que en lontananza blanquean, y recuerdo a las gentes, mujeres y hombres que habitan la Sierra. Sus nombres, sus gestos, sus costumbres. Guardas y caseros; ganaderos y agricultores; propietarios y arrendatarios. Algunos siguen en el valle habitando la mancha, los hay que ya se han recogido en los pueblos y en las ciudades. Otros... ya nos han dejado. Pienso también en los que visitan San Pedro: podadores y corcheros; cazadores y pescadores; excursionistas y domingueros. Todos han sido y son parte de la Sierra, y no se podría entender su flora, su fauna y su suelo, sin ellos. Y nosotros como árbitros de la presencia, esporádica o frecuente de todos ellos.”

Levanto un poco la cabeza, y el azul reflejo del cielo en las aguas del embalse de Peña del Águila me hace recordar las visitas a sus aguas con la zodiac del servicio en los censos de acuáticas, en busca de pescadores, o en el escudriño de las orillas de Azagala, Barquillo, Dehesilla, Barrauelo, Calderas en busca de furtivos, pescadores o encuentros inesperados.

Reafirmo una vez más mi condición de privilegiado, a pesar de las ausencias, a pesar de los desencuen-

tros, a pesar del tiro nocturno del furtivo o de las ocasionales molestias a los buitres negros de los excursionistas, y es que no sólo estamos aquí para las maduras.

Verde de la sierra, azul del embalse, blanco de la jara y retama, rosa del brezo, amarillo del escobón, azul del cantueso, gris del roquedo... y sigo mirando en derredor desde el alcor.

Pienso también en mis compañeros, los que están, y sobre todo, en los que nos han dejado, bien porque ya cumplieron la edad en el servicio o, porque Dios quiso, cumplieron con este mundo. Y recuerdo con suma añoranza a Vicente Valadés, el jefe de comarca, mi “Guarda Mayor”, como yo lo llamaba cariñosamente. Tanto me han enseñado, tanto como les debe la Sierra.

Y, como compañeros, también me acuerdo de Juan e Isaac, miembros por aquél entonces del recién creado SEPRONA, quienes fueron camaradas constantes en servicios tanto diurnos como nocturnos, sorprendiendo a la noche y despertando al día. Uno de ellos sigue en la Sierra, el otro, ya jubilado, me dice que todavía la añora. Ahora otros compañeros beneméritos ocupan su lugar junto a nosotros. Suya también es la Sierra.

Un “estronchar” de jaras a media falda del otero, me descubre un ciervo mocho que me aparta de mis pensamientos. Estamos en plena época de desmogue, y los recios venados, ahora sin defensas, se ocultan tímidos e inseguros en la mancha; los recuerdos divagan por otros derroteros: las monterías. Levantarse muy temprano para comenzar el servicio acompañando a la luna, para poder acudir al sorteo de los puestos, si no se ha hecho el día anterior. Pedir entonces la documentación a una armada, la que en





suerte toque, para luego con respeto quitarse la gorra de monte, mientras que el Capitán de Montería reza un padrenuestro previo a la acción, tras de lo cual subir a la cuchilla o a la ladera continua para vigilar la retranca, mientras observamos la suelta de los perros y el lance y desenlace de la acción cinegética. Y estar hasta que la última res se lleva a la junta de carne, incluso aquélla que las circunstancias nos obligan a buscar entre la jara, oculta en el monte por pasarse del cupo autorizado o por haber recibido un mal tiro de un montero inexperto que confundió vareto o horquillón con venado; o cierva, gabata o gabarrona con ciervo. Y recogerse al final de nuevo acompañando a la luna, no sin antes haber contentado a las monjas de Albuquerque llenando la despensa del convento con aquella res indebidamente abatida.

Giro la vista hacia el roquedo de Las Coles; sobre él unos buitres negros descansan e intentan solearse. El viento fuerte ahueca sus plumas, pero permanecen impertérritos ante los antojos del dios Eolo. Tantos años buscando sus nidos, localizando parejas caprichosas que al año siguiente ubican sus plataformas más allá o más acá. Quizá sea que lo hayan hecho esta vez en la otra vertiente y nos estén despistando con el cambio.

Conozco sus nidos, los que ocuparon el año pasado, y el anterior, y el anterior al anterior, y el de hace veinte años. Y los descubro a veces entre el follaje del alcornoque que año tras año los va tapando, intentando quizás hacerlos desaparecer. Pero necesitamos saber el que ocuparán éste, pues un descorche puede, sin intención, hacer caer al pollo, o un desbro-

ce bajo el nido provocar la insolación del benjamín por la ausencia de los padres. Así que año tras año jugamos de nuevo al escondite con ellos con la esperanza de que, tras el invierno, después de contar hasta cien, consigamos averiguar una vez más dónde se encuentran. No es mirar la fauna para contemplarla cual ornitólogo o naturalista, es buscarla para vigilarla y protegerla. Es un oficio, es nuestro oficio, aunque nos beneficiemos también de ello, tanto como un ornitólogo o un naturalista.

Y con estos sentimientos pienso que soy mucho más favorecido que el guarda o el casero de la finca, el terrateniente o el arrendatario de la heredad, el ganadero o el agricultor del predio, habitantes todos ellos de la Sierra, pues, considerándome con su misma suerte, me siento mucho más afortunado al ser todos ellos a la vez, pero de toda la Sierra de San Pedro.

Desde mi atalaya, sintiendo una vez más este viento frío impropio de abril, me convenzo de que me resulta muy difícil resumir tan pocas palabras tantos años de servicio en Sierra de San Pedro. Asimismo, que me quedan muchas otras por sacar del tintero, tantas como para escribir muchos libros, pues desde el mirador del Rincón Alto de la Azagala, y mientras que una nube se aparta dejando pasar esta vez los cálidos rayos de sol que caen sobre mi persona, mi retina, cada vez que giro el rostro, se tropieza con escenarios de mil y un recuerdos, nostalgias, encuentros, desencuentros, ausencias y presencias. Vivencias todas ellas que hacen desarrollarse al profesional, crecer al hombre, engrandecer a la persona y dejar, sin pretenderlo quizá, su humilde huella sobre la sierra, la de los agentes forestales en Sierra de San Pedro. ●



Turismo en la Sierra de San Pedro

Asociación de Desarrollo Sierra San Pedro-Los Baldíos

Las magníficas condiciones con las que cuenta este territorio, tanto ambientales como de patrimonio, y su rica variedad de ecosistemas, ha hecho que en los últimos años se dé un crecimiento turístico importante en la zona entre los amantes del turismo de naturaleza en general, así como entre los aficionados a la ornitología, la botánica, micología, caza o simplemente para los que desean descansar en plena naturaleza y disfrutar de la enorme belleza de sus paisajes.

La cada vez mayor afluencia de visitantes ha hecho que crezcan de una forma importante las infraestructuras dedicadas a prestar servicio a este sector, destacando por ejemplo que en el año 97, hace poco más de 10 años, no existía en la zona ninguna casa de turismo rural, y a día de hoy hay más de 70 magníficos **alojamientos rurales** entre hoteles, casas y apartamentos rurales, repartidos por todas las localidades, con más de 500 plazas que, unido a otros establecimientos, supera el millar de plazas ofertadas, siendo un sector en alza que crece día a día con la puesta en marcha de nuevos establecimientos.





Pág. anterior:
Castillo de Alburquerque iluminado.

Alojamiento rural
en La Tora.

Al mismo tiempo que ha crecido la oferta de alojamientos, se ha visto incrementada también la oferta de establecimientos de restauración, existiendo en la mayoría de las localidades restaurantes, donde los visitantes pueden disfrutar de una singular gastronomía y de sus platos más típicos como “**el frite**”, “**el cochinito**”, “**la chanfaina**” o “**el buche**”. Y es que, debido a la relevancia que tiene la ganadería en la comarca, la gastronomía de la zona está basada principalmente en platos de carne, coin-

ciendo también con la importancia que ha representado siempre la “**matanza del cerdo**” para las economías familiares, tradición que se ve recogida al incluirla muchos de los municipios como fiesta local específica, basada en la realización de una matanza popular en la que participan todos los vecinos y visitantes, como las de Herreruela, Membrío, Santiago de Alcántara, etc. Muy importantes en la gastronomía local son, pues, los derivados del cerdo ibérico como morcones, paneras, patateras, fariñeras, chori-



zos, salchichones, lomos, paletillas o jamones, que se pueden degustar en todos los municipios.

Las Denominaciones de Origen Dehesa de Extremadura, para el cerdo ibérico, Corderex, para los corderos y Ternera de Extremadura, al que se acogen la mayoría de los ganaderos de esta zona, demuestran la calidad y procedencia de las carnes de la comarca.

También son destacables los quesos, debido a la influencia que ejerce en la calidad de la leche la riqueza de sus pastos, que alimenta a la cabaña ganadera, así como la variedad de la flora existente contribuyen a la producción de una excelente miel.

Con abundante caza, tanto mayor como menor, existe una gran tradición gastronómica en la preparación de numerosos platos elaborados con el fruto de la actividad cinegética realizada en todo el territorio.

Notable es también la gran variedad de dulces y postres, como empanadillas, perrunillas, roscas, bollos de pascua fillozes, serradura, arroz con leche etc., muchos de ellos, al igual que ocurre con el resto de la gastronomía, con cierta influencia de la cultura culinaria de la vecina Portugal.

Además, la comarca, por su rica variedad de ecosistemas, es muy propicia para actividades de

Interior de un chozo tradicional.

naturaleza. Dispone de numerosas rutas señalizadas para visitar castillos, ermitas, dólmenes, miradores, etc., que eran utilizadas, en algunos casos, como pasos fronterizos y de contrabandistas, siendo destacable que, para los amantes del senderismo, la comarca cuenta con más de 250 Km. de rutas de senderismo señalizadas por **la Asociación para el Desarrollo de la Sierra de San Pedro – Los Baldíos** y homologadas por la FEDME (Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada), sin olvidar su especial interés para los amantes de la Ornitología, la Botánica o la Micología, o de quienes deseen disfrutar de la enorme belleza de sus paisajes.

También se pueden practicar deportes, como el tiro al plato, la escalada en Sierra Fría, la pesca en sus diferentes modalidades, ya sea en los embalses y ríos o en los pesquiles existentes en Herrera de Alcántara, cuenca del Tajo, y la caza mayor y menor, muy abundante en todo el territorio, contando la comarca con varias empresas dedicadas a la organización de monterías.

Los amantes del turismo cultural disfrutarán contemplando el rico patrimonio histórico artístico de sus municipios con castillos, iglesias, ermitas, fuentes molinos, dólmenes, tumbas antropomorfas o pinturas rupestres diseminadas por todo el territorio, siendo referentes para este tipo de visitantes las localidades de Alburquerque y Valencia de Alcántara por su rico patrimonio, donde destaca el hermoso **Castillo de Luna**, que será convertido próximamente en hospedería de la Junta de Extremadura, el **Barrio Medieval** de Alburquerque y el **Barrio Gótico Judío, Sinagoga** y el **Conjunto Dolménico** de Valencia de Alcántara, que está con-

siderado como uno de los mejores de Europa y declarado bien de interés cultural.

Se puede conocer más la comarca visitando **los centros de interpretación** y museos, que con diferentes temáticas, han ido surgiendo en los últimos años como son:

Dedicados a naturaleza, con los que se pretende sensibilizar al visitante de la importancia de la fauna y flora y su fragilidad, para así fomentar el interés para visitar el espacio natural y protegerlo:

- Centro de Interpretación de la Naturaleza “El Péndere” en Santiago de Alcántara.
- Centro de Interpretación de la Sierra de San Pedro “ALAS” en San Vicente de Alcántara.
- Centro de Interpretación del río Zapatón, en Villar del Rey.
- Aula de la Naturaleza Sierra del Naranjal, en San Vicente de Alcántara.

Dedicado al corcho, uno de los recursos económicos más importantes de la Sierra de San Pedro, cuyo referente es San Vicente de Alcántara con más de 70 fábricas de transformación de este producto:

- Museo del corcho, en San Vicente de Alcántara, donde se puede apreciar la importancia de este recurso para la localidad de San Vicente y la comarca, y donde el visitante podrá conocer las propiedades del corcho, así como el alcornoque y la transformación del producto y aplicación en diversas industrias.

Dedicados a la historia y patrimonio:

- Centro de Interpretación de Valencia de Alcántara, donde el visitante podrá realizar un recorrido visual y sensitivo por la Villa de



Casa rural en la Sierra de San Pedro.

Valencia de Alcántara e ir descubriendo el legado que desde la prehistoria han ido dejando las diferentes civilizaciones.

- Centro Cultural Conventual de Santa Clara, donde encontrarán exposiciones etnográficas y de pinturas permanentes, así como otras itinerantes que van variando a lo largo del año.

Finalmente el visitante tiene otra forma muy grata de emplear el ocio, disfrutando de las numero-

sas fiestas y tradiciones que se celebran durante todo el año, reservándose las ferias y fiestas de las localidades para el verano, debido a su dedicación a los emigrantes que vuelven de vacaciones. Además de la importancia de festivales como el musical “**Comtem pop-ránea**” en el mes de julio, referente nacional, y el festival medieval de Albuquerque a mediados de agosto, declarado fiesta de interés turístico regional. También en los alrededores del castillo se celebra la pasión viviente en Semana Santa.



Merecen especial consideración, la relevancia que adquieren en Valencia de Alcántara tradiciones como las **Cruces de Mayo** o **San Isidro Labrador**, declarada también de interés turístico regional, o la **Boda Regia**, la **Procesión del Corpus** en San Vicente de Alcántara, el **Magusto en Carbajo**. Además, a lo largo de todo el año se celebran en

todas las localidades numerosas fiestas como el carnaval, Semana Santa, Noche de San Juan o fiestas patronales, con una identidad tradicional y cultural propia de cada municipio, que las convierten en únicas y singulares y hacen que cualquier momento sea bueno para disfrutar de una estancia en la Sierra de San Pedro. ●

Bando de perdices.





Un paisaje aposemático

Joaquín Araujo Ponciano

Escritor. Naturalista

A veces el lenguaje se comporta como un organismo vivo. O, mejor todavía, como un paisaje, que lo es. La selección natural actúa también sobre las palabras y las modifica para que se acerquen al máximo posible de aptitud. El proceso, en muchas ocasiones, consigue que la comprensión asome a nuestro cerebro. No en vano vemos y sentimos a través de nuestra capacidad de expresarnos con palabras. Pero de no estar atrapados por la comodidad y la dirección única, nuestro entendimiento —también hijo del lenguaje— seguramente aceptaría convivir armónicamente con lo mirado, entre otros motivos por lo mucho que le debe. Porque la deuda con lo anterior a nosotros alcanza hasta la posibilidad de comunicarnos de forma tan exclusiva como lo hacemos. Lo que decimos es también una emanación de la historia de la vida espontánea.

Algo que podemos comenzar a incluir en nuestras reflexiones si recordamos que resultan infinitamente más descriptivos los términos dedicados al derredor que a lo que somos o nos pasa en exclusiva. Tanto es así, que por cada palabra destinada a nombrar a lo nuestro hay diez para designar lo demás, a la Naturaleza. Es justo y hasta necesario, aunque solo sea por lo cuantitativo, decir que el derredor es tumultuosas muchedumbres

de multiplicidad. Es más, desde la realidad se consiguió ese máximo de abstracción y simbolismo que son las palabras.

Por eso, entre las muchas tareas pendientes, no es la menor reconocer esa deuda. Me refiero a que la realidad de lo vivaz ha vivificado incluso a los diccionarios, de ahí el absurdo eterno de que consideremos alejada la Cultura de la Naturaleza, cuando el vínculo está reconocido incluso por la más portentosa diferencia entre ambas, como es el lenguaje. No hablaríamos con la riqueza expresiva y de léxico si no hubiéramos tenido que identificar, describir a lo viviente y sus lugares.

Este libro, en el que brota el excelente trabajo literario y el iconográfico de diferentes autores, es una clara demostración de esa mutua fecundación, de esa fertilización cruzada entre lo de afuera y lo de más adentro. La comunicación verbal, además del léxico, tiene, en cualquier caso, otros muchos eslabones, casi todos olvidados, con nuestro derredor. Una parte del conato de ir reconociéndolas y saldándolas es precisamente la ya notable producción de textos, más o menos ilustrados, con los que queremos acercar nuestros manifiestamente excelentes paisajes a los extremeños y a quienes nos avistan y visitan.

Algo que, por cierto, no es posible en demasiados lugares del Viejo Mundo. A nosotros nos quedan muchos y buenos manantiales de lo nombrado. Algunos de ellos son verdaderas enciclopedias, al estar literalmente completos. Donde la vida no carece de argumentos recombinantes y, además de asegurar su propia continuidad, puede seguir nutriendo de vigencia a la razón y al lenguaje. Es más, los elementos de la multiplicidad vital se despliegan, como sucede en las

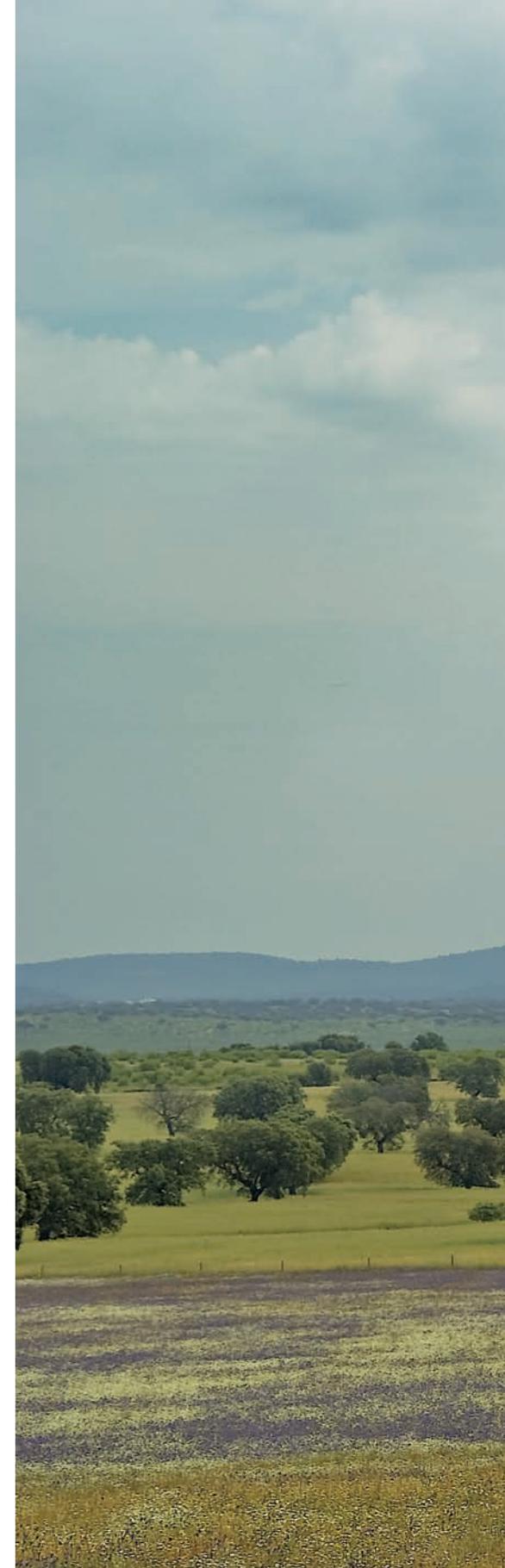
mismas sierras del occidente extremeño, como un continuo en el que la descripción, el paisaje atrapado en estas páginas no es más que un reflejo del inmenso que, desde allá afuera, ha sugerido lo que aquí vemos, leemos y hasta casi comprendemos.

Lo palpitante y espontáneo tiene, en efecto, una historia y muchos escenarios. Pero cada día quedan menos lugares donde poder acudir a comprender cómo es, cómo funciona y qué nos proporciona esa primera materia prima de la Cultura que es la Naturaleza. Buena parte de Extremadura tiene este ya raro privilegio, que debemos ser capaces de valorar en su justa medida. Para que no mengüe sino que se incrementen, a la par, la vida y la posibilidad de comprenderla.

Lo que no evita, en absoluto, que algunos *términos* —por cierto llamo la atención sobre que esa palabra designa tanto al genérico de lugar como al de palabra, asiento o entrada en el diccionario— sean en no poca medida aposemáticos. Ya sé que es vocablo y hasta palabro demasiado científico; recuerdo que es una de las formas del mimetismo por el que un animal nada peligroso adopta formas, colores y hasta sonidos o movimientos de otros que lo son como estrategia defensiva que les libra en buena medida de la predación. Por eso los aposemáticos se exhiben con una cierta seguridad de que sus mecanismos, su lenguaje de advertencia les protege.

Pág. anterior:
Mañana de nieblas
en la dehesa.

Dehesa en primavera
con el Torrico de San
Pedro al fondo.





"Paisaje de claror e incertidumbre".



Serranía de luz

“la transparencia, Dios, la transparencia”

Juan Ramón Jiménez.- *Lírica de una Atlántida*

Cual las filas inermes de un ejército
desplegado en las sombras de la noche,
los árboles dormitan; poco a poco
la luz en los dominios de la sierra
promueve claridades verdecidas,
cuyo espesor de exactitud asume
la encina, despertada de su sueño
por los rayos del sol de amanecer,
cuando en la algarabía del corral
“gallos quiebran albores”.

Una vez recargado el horizonte
de voz, intensidad y certidumbre,
los dones apacibles se aposentan
en el ancho solar de la mañana
refulgente de encuentros, mientras
en la profunda intimidad del aire
todo cuanto se mueve y oye es pájaro.

Bosquedal de la Sierra de San Pedro
paisaje de claror e incertidumbre;
sólo al hombre le cumple discernir
entre Naturaleza y ambición,
logrando preservar con su fervor
la transparencia, Dios, la transparencia.

Santiago Corchete Gonzalo

Escritor

Fotografías

Asociación de Desarrollo Sierra de San Pedro-Los Baldíos 347

José María Benítez Cidoncha 25, 114, 153, 200, 316

Felipe de Sande Médel 277, 298

Nicolás Durán Jiménez 84, 94, 107

Fernando Durán Oliva 119, 121

Valentín Fernández 319

Joaquín Figueredo 33, 110, 204, 293, 296

Jesús Garzón Heydt 320, 326, 329

José Gordillo Caballero 12, 28, 31, 51, 80, 99, 104, 184, 187, 196, 199, 210, 214, 241, 265, 266, 268, 284, 302, 308, 336, 344, 353, 356

Francisco Grajera Díaz 226, 232, 233 izq.

Antonio Gutiérrez Sánchez 230, 355

Luís Miguel Hernández 271

Jacobo Hernández Pulido 41, 49, 87, 91, 122, 174, 218, 236, 245, 248, 249, 257, 300, 305, 345

Pedro Holgado García 70, 76, 292

Cipriano Hurtado Manzano 125, 315

José Ledo 111, 192

José Antonio Marcos 20, 36, 63, 58, 203, 213, 228, 233 (der.), 262, 283, 310, 311

Sebastián Martín Ruano 55, 127, 163, 354

Jesús Mateos 15, 27, 88, 118

Ricardo Morán López 158, 159, 160,

Ricardo Peralta Ayala 140, 144 (G. daúrica, ánade azulón y chochín), 145, 151, 171, 186, 189, 217, 222, 333, 339, 349

Víctor Manuel Pizarro Jiménez 18, 46, 72, 239 (izq. y der.), 258, 270, 274, 287, 342

Juan Pablo Prieto Clemente 35, 52, 59, 74, 77, 164, 167, 168, 172, 173, 254, 261, 291, 294, 334, 350

Isabel Rábano 56

Domingo Rivera Dios 7, 22, 42, 68 (majuelo), 100, 143, 190, 195, 209, 224, 272, 306, 318, 325

José Elías Rodríguez 83, 117, 144 (Rabilargo), 146, 288, 340

Diego Romero Manzano 299

Ángel Sánchez García 10, 68, 129, 131, 132, 135, 136

Godfried Schreur 68 (jara), 154, 176, 179, 180, 242

José Soria 69

Francisco M.^a Vázquez Pardo 135

Juan José Viola Cardoso 278